

DISCURSOS Y POESÍAS

DE

LA GRAN VELADA

que tuvo efecto en la noche del 4 de Septiembre de 1913,

EN LA

CATEDRAL DE LA LAGUNA

TENERIFE.



1914.

Librería y Tipografía Católica

San Francisco, 7.

082 (46.85)

DISCURSOS Y POESÍAS

DE

LA GRAN VELADA

que tuvo efecto en la noche del 4 de Septiembre de 1913,

EN LA

CATEDRAL DE LA LAGUNA

TENERIFE.



R.

1914.

Librería y Tipografía Católica

San Francisco, 7.

6605003976

DISCURSOS Y POESÍAS

LA GRAN VELADA

Conferencia dada en la noche del 4 de Septiembre de 1972

1972

CATEDRAL DE LA LAGUNA

TENERIFE



1972
Imprenta de Investigaciones Científicas
de Tenerife

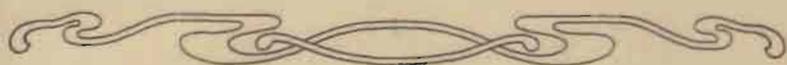
SUMARIO

- I.—DOS PALABRAS.—Por el Sr. D. José Tabares Barlett.
- II.—DISCURSO DE APERTURA.—Por el Excmo. élitmo. Señor Obispo de la Diócesis, Dr. D. Nicolás Rey Redondo.
- III.—POESÍA.—Por el Sr. D. Francisco Izquierdo é Izquierdo.
- IV.—POESÍA.—Por el Sr. D. José Hernández Amador.
- V.—DISCURSO.—Por el Rvdo. P. Guardián de Capuchinos de Córdoba, Fray Antonio de Úbeda.
- VI.—POESÍA.—Por el Sr. D. Mateo Alonso del Castillo y Pérez.
- VII.—DISCURSO.—Por el Sr. D. Andrés de Arroyo y González de Chaves.
- VIII.—POESÍAS.—Por el Sr. D. Antonio Zerolo y Herrera.
- IX.—POESÍA.—Por el Sr. D. José Tabares Barlett.
- X.—DISCURSO.—Por el Excmo. Sr. D. Francisco Fernández de Bethencourt.



SUMARIO

- I - DOS PALABRAS - Por el Sr. D. José Tabares Barber
- II - DISCURSO DE APERTURA - Por el Sr. D. José Tabares Barber
- III - POESÍA - Por el Sr. D. José Tabares Barber
- IV - POESÍA - Por el Sr. D. José Tabares Barber
- V - DISCURSO - Por el Sr. D. José Tabares Barber
- VI - POESÍA - Por el Sr. D. José Tabares Barber
- VII - DISCURSO - Por el Sr. D. José Tabares Barber
- VIII - POESÍA - Por el Sr. D. José Tabares Barber
- IX - POESÍA - Por el Sr. D. José Tabares Barber
- X - DISCURSO - Por el Sr. D. José Tabares Barber



DOS PALABRAS

El Excelentísimo Ayuntamiento de esta Ciudad tomó el acuerdo de imprimir las composiciones poéticas y discursos que se leyeron y pronunciaron en la Gran Velada que, en la noche del día 4, tuvo efecto en el Edificio-Catedral; acto conmemorativo del XVI centenario del Edicto Constantiniano y coincidente con la consagración del restaurado Templo.

La representación del pueblo lagunero, su histórico Cabildo municipal, no podía en modo alguno permitir que el tiempo y el olvido echaran su mortaja sobre tan fausto acontecimiento; era preciso recoger en las hojas de un libro las ideas y sentimientos vertidos en aquel lugar memorable, como lo verifica, que harto lo merece cuanto eleva el corazón á Dios, fuente de inspiración y síntesis del Arte.

Publicamos los trabajos referidos por el orden de su audición, para ajustarnos en lo posible á la realidad de aquella fiesta literaria, donde el regio decorado y lo numeroso y selecto del concurso dábanle la magnificencia de lo grandioso.

Estas líneas se contraen á justificar la publicación de las obras anunciadas, lamentando, como lo hacemos, que la parte lírico-musical que, tanto realzó á aquella solemnidad no pueda mostrarse también en letras para timbre de sus ejecutores, y donde el sexo bello tuvo tan principalísima parte.

Cúmplenos hoy, solamente, efectuar de manera observable el acuerdo del Excelentísimo Ayuntamiento de San Cristóbal de La Laguna, colocando en manos del lector los frutos intelectuales de quienes, con su labor y generosa voluntad, enaltecieron la Gran Velada de inextinguible memoria.

José Tabares y Bartlett.

San Cristóbal de La Laguna, Septiembre 24 de 1913.

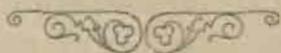


DISCURSO DE APERTURA

POR EL

Excelentísimo é Ilustrísimo Señor Obispo de la Diócesis,

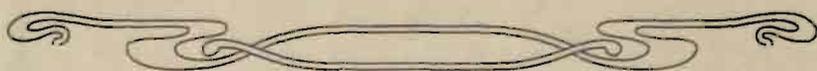
Dr. D. Nicolás Rey y Redondo.



DISCURSO DE APERTURA

Excmo. Sr. D. Nicolás Rey y Redondo

Dr. D. Nicolás Rey y Redondo



Señoras y Señores. Amadísimos diocesanos:

Soy portador de una gracia que va á llenar de gozo vuestros corazones. Pero permitidme antes de publicarla un oportuno y grato recuerdo.

Hace ocho años, al comenzar el de 1905, que se dejaron oír en este recinto los primeros golpes de piqueta precursores de esta grande obra. Pocas semanas después se embarcaba vuestro Prelado con rumbo á Italia para cumplir la ley que se llama de «Visita ad Limina Apostolorum», y siendo el último acto oficial de la misma la audiencia particular con que honra á los Obispos el Sumo Pontífice, ya podéis suponer que le hablaría de nuestra empresa, del arresto en ponerse á construir una Catedral en estos tiempos; y escuso deciros que S. S. levantando nuestro ánimo con su autorizada y persuasiva palabra, acabó por concedernos su Apostólica bendición para todos los que, de cualquier modo que fuere, ayudasen á levantar la Iglesia Catedral, que tantos bienes ha de reportar á las almas y á la Diócesis de Tenerife.

Los efectos de la palabra y bendición del Sumo Pontífice los estáis tocando admirados de la hermosura y condiciones del Templo. Ya terminado, Nos pareció que cumplíamos un deber al decir respetuosamente á Su Santidad: Señor, la obra de esta catedral que, con vuestro aliento y

bendición, comenzamos, está hecha; dignaos bendecirla y bendecirnos en el día de su inauguración.

Y efectivamente, el día 31 de Agosto recibimos del Eminentísimo Sr. Cardenal Secretario de Estado este espresivo telegrama: *«Santo Padre invia di cuore S. V. e fedeli tutti apostolica benedizione implorata per prossima inaugurazione nuova chiesa cattedrale. Card. Merry del Val.»*

Ilustres señores que teniendo tan bien creada su reputación en las letras y las artes han ofrecido su concurso para dar realce á esta velada sacro-literaria-musical que tiene por objeto tributar á Dios un doble homenaje: de acción de gracias por la terminación y dedicación de este templo en que nos encontramos hoy reunidos, para ser consagrado mañana en Iglesia Catedral de esta diócesis Nivariense; y por el centenario del edicto de Milán, mandado celebrar por Su Santidad Pío X en todo el mundo, en conmemoración de la libertad de la Iglesia, por primera vez reconocida y proclamada en el mundo después de 313 años de persecución más ó menos violenta, y siempre latente, en pugna con todos los príncipes, con todos los poderes de la tierra, y con toda suerte de enemigos; perseguida en la Judea, donde nació y fué crucificado su adorable Fundador, perseguida en todas partes en la persona de los Apóstoles y de sus discípulos, perseguida por los bárbaros, y perseguida más cruelmente por el paganismo y por el Estado Romano, dominador del mundo.

Ambos acontecimientos son tan grandes y gloriosos que al celebrarlos deben rebosar de alegría y entusiasmo nuestros corazones, porque son una manifestación de la fé

que ha de vencer al mundo, aliento de la esperanza, ancora que sostiene la nave de la Iglesia en sus luchas seculares, y sostén de nuestras almas en las batallas cotidianas que tenemos que librar con los enemigos de nuestra salvación.

Desde el edicto de Milán, debido al triunfo de la Santa Cruz sobre el paganismo á orillas del Tiber, representados en Constantino y Majencio, la Iglesia comenzó á tributar públicamente culto al verdadero Dios, celebrándose á la luz del día los oficios sagrados; y las subterráneas capillas de las Catacumbas fueron sustituyéndose por los templos grandiosos, y magníficas Catedrales, que la fé viva y ardiente de los hijos de la Cruz han venido erigiendo hasta hoy en la redondez de la tierra.

Nuestra Iglesia no puede ponerse en parangón con las soberanas Catedrales orgullo justo de nuestra Patria, si no es por la fé, constancia y esfuerzos que todos unidos hemos hecho para levantarla.

Para todo es necesario la unión, y hasta para el mayor esplendor de estas fiestas Dios ha querido unir uno á otro, al sacerdote y al fiel, al magistrado y al pueblo, al sabio y al artista, al rico y al pobre, á todas las autoridades, todas las condiciones, y todos los corazones.

La ciudad de la Laguna prueba con esto que aun conserva la herencia más preciosa que ha recibido de sus mayores, su legendaria fé y piedad religiosa, legándosela á sus hijos en garantía de su adhesión á la Iglesia y á sus Prelados. En esa fé queremos vivir y morir todos para que en la vida, como en la muerte, sea nuestro grito: ¡Viva Jesús! ¡Viva la Virgen de los Remedios!

POESIA

DEL SEÑOR

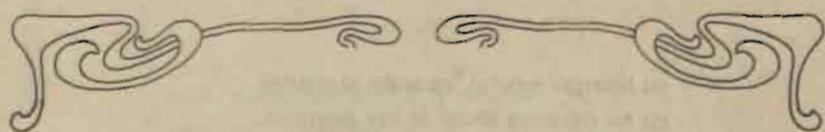
D. Francisco Izquierdo y Izquierdo



POESIA

DEL

D. Francisco Izquierdo y Izquierdo



A los pies de la cruz

¡Salve, piadosa Cruz, enseña santa,
símbolo eterno del amor divino!...,
Mi frente, humildemente,
ante tu altar inclino:
y arrancando del pecho
mi loco corazón, que va derecho
á ocupar el sagrado
lugar donde latiera
el de Nuestro Señor, alzo mi ruda,
mi pobre voz delgada y soñadora,
y de júbilo llena te saluda:
¡Salve, Cruz redentora!...,

Eres como la luz: como ella hechizas,
transfiguras, inflamas,
fecundas, regeneras, divinizas,
y como ella, benévola derramas
vigor y fortaleza,
alegría, calor, gracia y belleza.
Y así como los cuerpos materiales
cuando el *fiat* pronunció Dios en los cielos,
desgarraron sus velos,
y líneas y figuras,
atributos, medidas, proporciones,
perfiles y contornos, galas, dones,
en el límpido espacio dibujaron,
y fueron, se formaron;
así también las almas, sacudieron

su letargo mortal, cuando sintieron
en su caverna arder la luz sagrada
de la Verdad Divina Revelada.
En el precioso instante
en que te alzó por siempre consagrada
la Suprema Piedad Inmaculada,
brotó otra vez del cielo, imperativa,
la mágica palabra pronunciada
por Dios, cuando fijó la ley primera;
y fueron, cual las cosas, materiales
también, las espirituales.
Todo cambió, se hizo: fué, no era:
atañes, añoranzas,
sentimientos, amores y esperanzas.....
De corazón en corazón, la mano
bendita del Señor, un surco abriendo,
con caracteres de oro fué escribiendo
el caricioso nombre de cristiano.
Surgió la Caridad: llama votiva
que entre las almas la humildad eleva,
y que abrasadas en su lumbre viva
al mismo trono del Señor las lleva.
Surgió el Bien: la Bondad perfecta y justa;
la Belleza inmortal, casta, inmanenté;
la Fé, salmo que canta
la pobre humanidad agradecida
ante la enseña del amor rendida;
el Culto del Deber, y al fin, la santa
resignación paciente
en el martirio y el dolor eternos.....
Todo se renovó, todo se hizo,
cual si las almas otra vez creara,
el poder del Señor, al dulce hechizo
de la Verdad que en Tí se revelara.
Y, el místico edificio coronando,
la piedad, condensando
en la plegaria ardiente
sus ansias, sus anhelos,

abrió todos los labios, y rotundo,
vigoroso, candente,
resonó por los ámbitos del mundo
el saludo inmortal: “¡Creo en Dios Padre,
Señor, Omnipotente!.....”
¡Oh, sol, si Dios te ha dado
un peregrino séquito de estrellas,
y piadoso te ha alzado
por dueño y por señor de todas ellas,
Tú, también, Cruz divina,
sobre la inmensa cúpula sagrada
que eleva el Vaticano,
gallardamente alzada,
contemplas á tus pies arrodillada
la grey inmensa del linaje humano!



Eres enorme, ¡oh, Cruz! recia, grandiosa,
como la luz, ardiente:
como el mar, insondable,
como el amor, amable,
como la fé, potente.
Cuanto más á tu lado
te contemplo admirado,
—milagro del Señor— más poderosa
tu grave reciedumbre me parece.
Quien de Tí va sujeto, se ennoblece
y el jugo y el sabor le halla á la vida,
y encontrará su senda más florida
cuanto más á tus pies se abraza y rece.
Madero tosco y rudo,
la maravilla del prodigio pudo
hacerla Dios tan sólo: de la infamia
y del baldón emblema,
apenas consagrada, removiste
toda la tierra, y fuiste
de lo noble y lo santo la diadema.
Imperios derrocaste.

y tesoros de amor de Tí manando,
una á una las almas enlazando,
el nuevo pueblo para Tí formaste.
Al cambiarse la historia
nuevos ritos nacieron,
nuevas instituciones, nuevas leyes,
y aclámándote el mundo soberana
hoy te muestras ufana
en la misma corona de los reyes.
Mas, con ser tan inmensa, todavía
no has cumplido tu fin, el fin excelso
que el Señor te confía:
Cuando cierre la noche
negra de la anarquía,
y las almas sin luz, rumbo, ni guía
vuelvan la espalda á Dios, tornen al lodo:
cuando el desórden llegue, y todo gire,
todo desaparezca, cambie todo:
Tú sola, altiva y fuerte,
más grande que el dolor, más que la muerte,
gallardamente alzada
sobre la inmensa cúpula sagrada
que eleva el Vaticano,
otra vez, indulgente,
á poner volverás paz en la guerra,
por rara maravilla eternamente
mostrando tu Verdad, y nuevamente
la Redención se hará sobre la tierra.

FRANCISCO IZQUIERDO.

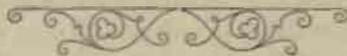
2/9/912.

LA SOMBRA DEL MEDIANO DE ASES

POESIA

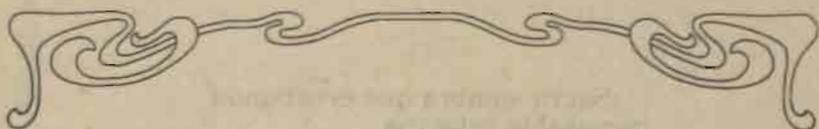
DEL SEÑOR

D. José Hernández Amador



POESIA

D. José Hernández Amador



LA SOMBRA DEL HERMANO DE ASIS

De un humilde peregrino
cuenta el pueblo de Toscana
una historia prodigiosa
saturada de fragancia,
fiel relato que conmueve
lo más hondo de las almas
de las almas que escudriñan
buceando en limpia fuente
las devotas tradiciones de la raza.

Yo percibo entre mis sueños
por la sierra agreste y parda,
una sombra lenta y suave,
una sombra solitaria
que en el aire va dejando
un reguero luminoso al hollar de sus sandalias.

Es la sombra de otros tiempos,
de otra edad noble y lejana,
cuyo trazo vigoroso,
cuya línea consagrada,
puso cerco á los castillos
frente al cerco de las lanzas
sin temer de los guerreros
el estruendo de las armas
ni los bélicos sonidos
que emitían los clarines desde el mar á la montaña.

Es la sombra cuyos brazos
ampararon al humilde en las noches de borrasca.

Es la sombra que recorre
los senderos polvorientos, las estepas desoladas,
y al portal de la pobreza
sonriente y compasiva se acercaba....
y más tarde se perdía penitente y temblorosa
como el fleco de una estrella fugitiva que se apaga.

¡Sacra sombra que errabunda
incansable relataba
las doctrinas del Maestro, en el fondo de los bosques,
á las piedras y á las aguas.....
Eva.igélica figura
cuya frente circundada
por la fe resplandeciente,
por un rayo de esperanza,
en el seno de los siglos
sus rosales legendarios aun esplenden rosas blancas.
¡Oh el humilde peregrino
de los valles de Toscana,
el seráfico viajero
con aroma de plegaria,
que sufriendo los desdenes
de los hijos de la patria
nunca tuvo ni un reproche,
ni eco amargo su palabra,
su palabra que en el viento se extinguía...
Y la luz de su mirada,
en las hondas agonías del ocaso
¡con qué extraños resplandores fulguraba!
¡Cuántas veces en mis sueños
esta sombra dulce y vaga
el lumínico sendero me ha mostrado
al pasar como una ráfaga;
y el perfume de una rosa,
de una alburá inmaculada
ha caído cual rocío, como lluvia bienhechora
en la sima tenebrosa de mi alma!
Yo que vago solitario
por la estepa desolada,
quiero ver tras de la niebla de mis culpas
como rayo de esperanza
el divino claror suave
que en el oro de la gloria van dejando sus sandalias.

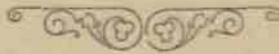
J. Hernández-Amador.

DISCURSO

DEL

Reverendo Padre Guardián de Capuchinos de Córdoba,

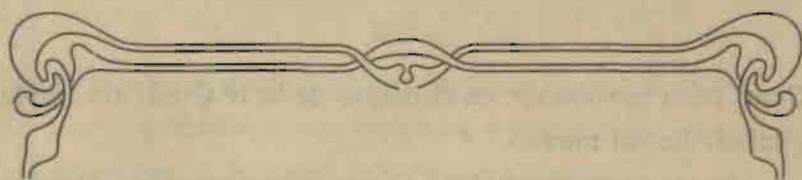
Fray Antonio de Ubeda.



DISCURSO

Institución para la Enseñanza de las Ciencias de Córdoba

Fray Antonio de Ubeda



España al pié de la Cruz

Siempre es triste abandonar la tierra, que nos vió nacer y las auras, que rodearon nuestra cuna... Surcaba el vapor las azuladas ondas y á medida que se iba alejando del puerto de la antigua Gades, se sentía mi pecho oprimido, mi espíritu triste y mis ojos humedecidos, pero á poco se descubren en lontananza las Islas Afortunadas, coronadas de verdura, encantadoras, bellas como ninfas juguetonas del Océano, verdadero jardín de las Espérides con sus manzanas de oro y vuelve á renacer en mi corazón la alegría, porque veo flotar á impulsos de las brisas perfumadas en las crestas de sus abruptas montañas la bandera roja y gualda y en las sienes de estas hijas de los mares veo brillar la corona de leones y castillos, que ciñe en su frente la Iberia; sí, las Canarias son España y porque son España, esa nación bendita del cielo, destinada á ser madre de mundos nuevos, las veo postrarse á los piés de la Cruz, que brillando como el sol, vió fulgar Constantino el Grande en el puente Milvio: y si veo grande á mi querida patria, engarzando en la corona de sus reyes nuevos continentes, mundos nuevos; más grande la veo al postrarse ante la

Cruz, para envolverse en el manto de la fé Cristiana con la cual civilizó al mundo.

¿Porqué hay españoles que no la ven grande? ¿Porqué al parecer se eclipsa el sol de su ventura? ¿Porqué el amor patrio se ha extinguido en muchos pechos? Porque no la aman; y no la aman, porque no la conocen; y no la conocen, decía poco ha un gran tribuno español, porque no saben ó han pretendido olvidar su gloriosa historia.

Un rústico no comprende la elocuencia de las ruinas; no descubre al genio de lo bello y de lo grande, sentado sobre los restos de aquellas columnas, que tronchó el huracán de los siglos; no oye el lenguaje de los escombros artísticos, que en horrible confusión cayeron mezclados, para guardar en el polvo una triste memoria de lo que fueron; así hay talentos mezquinos, que no ven la grandeza de mi patria aun en su misma postración: pero España, aun abatida por los vientos de impiedad, que hace un siglo quieren borrarla del mapa, siempre será grande; pues por mucho que arrecien esos huracanes revolucionarios é impíos, en la patria de San Fernando jamás faltarán caballeros nobles á la antigua usanza que defiendan con su sangre y con su vida la fe cristiana y sostengan levantada con sus robustos brazos la Cruz del Divino Redentor.

¡Qué hermosa es la historia de mi patria! Cómo la veo desde su cuna á los pies de la Cruz de Cristo! ¡Y cómo Cristo en todos los siglos la coronó de gloria! Si sentís en vuestros pechos puro españolismo, os alegraréis que os recuerde unas páginas brillantes, llenas de amor á España, que hace poco escribió un pobre proscrito: yo no se, si este

hombre era un genio ó era un loco, lo que si sé es que en su pecho flameaba el amor patrio, y que escribió unas páginas brillantes de nuestra hermosa historia.

Si yo hubiera de escribir una leyenda, decía ese genio ó ese loco, sobre la creación de mi patria y sus aborígenes, acaso comenzara atropellando las reglas de la ficción literaria con los siguientes párrafos que daría por verdaderos. A medida que el Fecundador de la nada iba creando las cosas, mirábalas con amor y veía que eran buenas; apoyándose algunos poetas en estas profundas palabras del Génesis, han dicho que Dios sonrió, cuando la Iberia salía de sus divinas manos, radiante de hermosura; y que mandó á los angeles que no bajaran al mundo, sino por la inmensa escalera de montañas, que El había puesto en su suelo.

Otros han dicho, que arrojados del paraíso los reos del primer pecado, el Angel tocó con la espada de fuego aquel lugar de delicias y lo redujo á pavesas, después de haber mandado á las auras, que trasportasen á la Iberia una parte del germen fecundizador, que hasta entonces había dado vida á la mansión de la humanidad naciente. Pasen estas hipérboles; pero á fe que están demás todas las ficciones de la inventiva, cuando de España se trata, porque las grandezas de su realidad eclipsan todo lo que de grande y de bello pueden inventar las artes de la fantasía; ¿porqué se le dió el mismo nombre que á la región oriental, en donde según todas las probabilidades, había colocado Dios el Paraíso de nuestros progenitores? ¡Cuán admirables armonías pudiera hallar un genio investigador entre la Iberia del Asia y la Iberia de Europa! Yo no tengo ese ge-

nio, pero miro las condiciones de nuestra patria y me parecen únicas en la tierra.

Mecida por las bulliciosas ondas de dos mares, que la rodean, perfumada por los suavísimos aromas de sus florestas paradisiacas; amada de las brisas, que con dulces murmullos la acarician y la besan; vestida con el espléndido ropaje, que sus feraces campiñas desde antiguo le tejieran; rica en variedad de terrenos, de climas, de ríos, de faunas, de flores y de cuanto plugo al cielo regalar á la tierra, España aparece en verdad el compendio de las grandezas materiales de la Creación, colocado bajo un cielo espléndido, cuyo purísimo azul parece que tomó Dios del manto de su Madre Inmaculada. Cuando el español contempla las riquezas naturales de su favorecida patria, cuando ve la compensación admirable y gradual de sus cordilleras y llanuras; de sus secanos y regadíos; de su clima aquí cálido, fresco allá y benigno en todas partes; de sus islas risueñas dignas de tal madre, siempre grandes, siempre nobles, siempre heróicas; de sus abundantes minas desde la hulla al oro; de la riquísima variedad de su cultivo, que produce así los frutos de las zonas glaciales, como los de la zona tórrida. Cuando la miro en su lecho de tierra y granito, que Dios declaró inviolable, dominando los mares, que mansamente se rinden á sus pies, con la cabeza reclinada sobre una cordillera inaccesible de erguidas montañas, cuyos picos se levantan á los cielos en actitud de oración suplicante, oh! entonces el español se siente orgulloso de ser hijo de aquella tierra afortunada y con noble altivez

compadece la ignorancia ó la malicia de los pseudo críticos, que la deprimen y empequeñecen.

Pero aun tiene el pueblo español otros motivos *harto* mayores para amar y venerar á su patria. La historia, en efecto, le ha dicho que Dios lo llamó pueblo predestinado; que la excogió para teatro de sus misericordias, que le confi6 la misi6n de imponer al mundo la suave ley del Evangelio, y en sus páginas monumentales le ha mostrado radiante de gloria el desempeño de esta misi6n sublime. El pueblo, que tenia reyes y naves como los de Tarsis, seguramente no podía quedar oculto bajo el celémín sino brillar en el candelero de la epopeya, aun en medio de los tiempos antiguos, para que David anunciara á las generaciones venideras, que aquellos reyes someterian á Cristo su poder y sus riquezas: Reges Tharsis... munera offerent. El Espiritu Santo en otros muchos lugares de la sagrada Escritura celebr6 las glorias de las naves de Tarsis, que dieran en Judea testimonio de las riquezas con que los Hispanos coadyuvaron á la obra del templo de Salom6n. ¿Sería raz6n creer que la Andaluza Tarsis fuese siempre una poblaci6n sin importancia, por no haber tenido un Rodrigo de Caro, que endechara sobre el polvo de sus grandezas, como endech6 sobre el vasto féretro de la caida Itálica, donde rodaron las cunas de oro y de marfil de Trajano, Adriano, Sili6 y Teodosio?

Dios permiti6 que Lucifer comprendiese desde un principio los admirables destinos de Espa \tilde{n} a y el secreto de sus futuras glorias; el eterno enemigo del hombre jur6 al punto guerra de exterminio al pueblo privilegiado, pero esa

guerra feroz, como las furias del Averno; porfiada, como el genio de la rebelión; horrenda, como un mar de sangre, agitado por fragosa tempestad, era cabalmente lo que aquel pueblo necesitaba, para formar el carácter de sus hijos y enviarlos después á conquistar al mundo, para colocarlo á los pies de la Cruz del Divino Redentor. Por lo tanto pueblos dominados por la ambición y la codicia se arrojaron sobre España y se la disputaron á sangre y á fuego, pero no pudieron subyugarla jamás. Los Españoles humanitarios y sobrios, laboriosos y sufridos, amables y caballerosos en la paz, tenían para la guerra la ligereza del corzo en sus pies, la serenidad del toro en su frente y en su corazón la fiereza del león nómada.

La nieve de las altas regiones reposa tranquila, mientras los ardores del sol no la derriten y hacen que se precipite hacia la llanura con ímpetu devastador; así aquellos héroes, pacíficos y benévolos en la paz, eran sin embargo torrente impetuoso, que ruge y devasta, cuando los ardores del patriotismo les hacía bajar á la arena del combate. Su genio militar convirtió á veces á simples pastores como Viriato en capitanes, que abatieron el poder del imperio romano. Nunca les desalentaba la derrota, antes bien les infundía nuevos alientos para vengar la ofensa con ella recibida. La muerte era para ellos más aceptable que el cautiverio; populosas ciudades prefirieron borrarse ellas mismas del libro de los vivientes á someterse al yugo del vencedor, y convirtiéronse por su propia acción en montón de escombros humeantes y de abrasados cadáveres. La historia inmortal del patriotismo hispano les ha consagrado pági-

nas de veneración y de gloria, y las generaciones posteriores nunca pasan, sin descubrirse con respeto ante los escombros de Sagunto y las ruinas de Numancia.

Nada doma el carácter del pueblo ibero. La guerra no pudo vencerlo jamás; solo la amistad los avasallaba. Por la amistad, más bien que por las armas llegó Roma á dominar aquellas razas belicosas. Solo el país de los aguerridos Vascos, que jamás fueron idólatras, porque adoraron siempre un solo Dios y como ellos todos los españoles, según dice San Agustín, solo el país de los Vascos, repito que desde tiempo inmemorial adoraba una cruz, sin que la historia nos diga porque, tuvo en jaque al romano imperio por espacio de tres siglos y no se sometió más que para abrir una era memorable en la historia, la era hispania, que fué la inmediata preparación de la era de Jesucristo. En efecto creado de esta suerte á través de siglos, de invasiones y de guerras el genio ardiente, belicoso y avasallador de los hijos de España, moderados por la adversidad, su amor al trabajo y al hogar, su caballerosidad y su constancia; formados en fin por la acción natural para ser pronto perfeccionados por la acción religiosa, el carácter excepcional, que reclamaban sus futuros destinos y llevando cada uno en su alma un altar de veneración á la independencia y al heroísmo de sus mayores, los hispanos abrazaron la paz, decretada por el Altísimo, para el nacimiento temporal de su Unigénito y poco después Jesús nacía en Belén de Judá.

¡Jesús nacía en Belén de Judá! Allí á los pies de Jesús está España representada en el Rey de Tarsis, que pone su corona á los pies de aquel, por quien reinan los reyes; y

¡cuanto se regocija mi espíritu al pensar que una sinagoga española, la de Toledo, fué la única en declarar antes del horrendo decido, que Jesús de Nazaret era el esperado Mesías! Una mujer española, la mujer del Pretor romano, fué la primera, que en el mismo tribunal, que le condena á muerte, le llamó el justo; y cuando se levanta la cruz ensangrentada en la pedregosa cumbre del Calvario, allí está España en los soldados romanos, que presencian el suplicio conservándose en el archivo de Niebla una carta en la que un soldado dice á su madre: «He presenciado la crucifixión de un judío y tales cosas sucedieron en su muerte, que creo que ese hombre era un Dios». Y un español, el Centurión del Gólgota, fué el primero que públicamente confesó, que el que moría en la cruz era Hijo de Dios; y otro; el Centurión Cornelio, fue el primer pagano convertido á la fe y mediante orden expresa del Cielo, bautizado por San Pedro con toda su familia y servidumbre, y los divinos resplandores de la Resurrección bañan con sus celestiales fulgores á los Iberos antes que á nadie, pues es la Legión Italicense la que custodia el sepulcro. Ya no me extraña, que para evangelizar á la hija predilecta de la Cruz, venga á ella un primo del Salvador, Santiago el hijo del trueno; y cuando Jesús sube á su Eterno Padre legó á su santísima Madre un patrimonio, para que lo fomentase y santificase con su amor. La Virgen María tomó á su cuidado la nación española, la consideró como especialmente suya y tuvo á bien visitarla, viviendo en carne mortal y sobre una columna dejó su bendita imagen en prenda de su cariño, que durará hasta el final de los siglos; desde entonces España es

el patrimonio de María y la Virgen del Pilar la Capitana de sus ejércitos y la Madre de los españoles.

España no ha olvidado jamás, que la cuna de su fé se meció bajo el manto de la Inmaculada en las orillas del Ebro y siempre recuerda aquellos besos y virginales caricias con que la obsequió, por eso le ofrece su suelo, para que le sirva de altar y desde el peñón de Caspe hasta el mar Cantábrico, España es un templo, dedicado á la Madre de Dios. Y si el Ebro repite en su majestuosa carrera las ovaciones del pueblo aragonés á la Virgen del Pilar, Cataluña le ofrece una columna de granito en Montserrat, para que le sirva de trono; las Vascongadas la veneran en Be-goña; la Bética le consagra la más hermosa de sus montañas en la sierra de la cabeza ó le levanta templos batidos por las olas en Chipiona, Extremadura la venera en Guadalupe y toda España presenta imágenes de la Virgen María, atribuidas al pincel de San Lucas ó traídas á la patria por el Apóstol San Pedro ó alguno de sus discípulos.

Dios escogió á la península ibérica para que fuera porta estandarte de la Cruz y propagadora de la fé cristiana, por eso cuando en los siglos primero y segundo la Iglesia se ocultaba entre las sombras de las catacumbas, ya aparece España con las rodillas dobladas delante de la Cruz; y los mártires iberos confirman la fe de Cristo con sangre española; no olvida España que es el campeón de la fé. El concilio de Zaragoza el año 380, el 1.º de Toledo en el 400, y el de Braga en el 561 anatematizan con horror la heregía de Prisciliano, que negó la Encarnación de Nuestro Señor Jesucristo. Osio de Córdoba que se sienta entre los pa-

dres del Concilio liberitano es el que preside el Concilio General de Nicea, donde se condenan los errores de Arrio. Y si los reyes godos, que anteceden á Rearedo, abrazaron la heregía arriana, los Santos obispos españoles Leandro y Toribio, y más tarde Braulio, Eugenio é Isidoro, con sus virtudes y sus escritos en defensa de la fé cristiana, prepararon aquella hora bendita en que Recaredo abjuró del arrianismo delante de los P. P. del 3.º Concilio Toledano y mientras ellos entonan el Te Deum, su esposa la reina Bada, levanta la vista al cielo, arrasados sus ojos en lágrimas de agradecimiento por la conversión de su marido, y entonces aquella fé, que había vivido en el corazón del pueblo español, siendo como el jugo interno, que le daba vida, libre de trabas y de obstáculos, antes bien alentada por los reyes, se desbordó como torrente, que rompe los diques que le contiene, para venir á postrarse delante de la Cruz en el templo levantado por Recaredo en Rianseres, en el erigido por su hijo Liuva segundo en Talavera y ante aquella imagen de Nuestra Señora, hoy conocida con el título de Guadalupe, que el Papa San Gregorio Magno arrancó de su oratorio particular, para premiar la fe de San Leandro y dar contentamiento á los españoles.

Y cuando los hijos de Islam invaden nuestro suelo y como un mar desbordado van haciendo presa en una y otra ciudad, los buenos cristianos españoles, rotos y vencidos en Guadalete, se repliegan hacia las peñas de Asturias; ellos que dejan abiertas las arcas de sus Tesoros, corren á través de los bosques y por los desfiladeros de las montañas con las imágenes de María sobre sus hombros enten-

diendo que con ella se llevan la patria consigo, otras veces la esconden, como Jeremías el arca del testamento, al salir cautivos los Israelitas para Babilonia, en las grietas de las sierras, confiando, que en día no lejano las volverían á colocar sobre los altares. Por eso salvado el pueblo ibero en Covadonga por virtud de la Cruz santa, que desgajó las montañas contra las huestes agarenas, y volvió contra ellos las flechas á sus hijos arrojadas, los cristianos españoles dan gracias al Dios de las victorias, levantando un templo, coronado con la cruz, cada vez que extienden el límite de sus conquistas y consagrando al Altísimo los lugares donde se había dado culto á Mahoma. Ved en confirmación de mis palabras á Alfonso VI, que al hacer suyos á Toledo y á Madrid su primer cuidado es purificar el templo de la Almudena hecho mezquita de los Arabes. Ved á D. García de Navarra, levantando el monasterio de Santa María de Nájera. Ved á Jaime primero el Conquistador que en treinta batallas ganó treinta victorias, cediendo la mayor parte de su palacio, para que en él se instalará la Orden de la Merced. Ved á Alfonso VIII, que vió resplandecer en los cielos como Constantino una cruz refulgente en las Navas de Tolosa, levantando en acción de gracias el templo de Santa María de la Victoria. Ved á Fernando III, el Santo, que ensanchó, cual ninguno, los límites de la patria, purificando de las impurezas del corán las mezquitas de Jaén y Sevilla, para consagrarlas á Cristo. Escuchad á Alfonso X, el sabio que arrancó de las manos de Aben-Yuzef, la antigua Gades, cómo celebra las glorias de la Cruz en sus dulcísimos Cánticos, primeros alientos balbu-

cientes de nuestra hermosa lengua castellana. Mirad á Alfonso XI, vencedor en el Salado del poderío musulmán, cómo sube agradecido las montañas de Extremadura, para poner á los pies de la Cruz en Guadalupe, como ofrenda, los despojos de sus enemigos, y ved en fin á los Reyes Católicos Fernando V de Aragón é Isabel I de Castilla, después de la conquista de la ciudad de la Alhambra, cayendo de rodillas con todo su ejército, para adorar la Cruz, que con manos temblorosas levantaba en la Torre de la Vela el Arzobispo de Toledo, dando gracias al Dios del Calvario, porque con su santa ayuda terminaba la reconquista, cuando Boadil entregaba las llaves de Granada en manos de los Reyes de Castilla.

Pueblo, que así luchaba por su fé, que buscaba por todas partes rodear de nuevos fulgores la santa Cruz de Cristo, considerad si merecía, que el Señor le bendijera y premiara sus trabajos con glorias inenarrables. No es ilusión mía, ¡Oh, no! Eso, que en otras naciones se llama temeridad legendaria, no pasa de ser aquí una herencia de raza, y como una condición necesaria de nuestro ser. Pelayo con un puñado de valientes, destrozando en las breñas de Covadonga el poder de la media luna; los Cides, Alfonsos, Jaimes, Fernandos y mil héroes más, vulgarizando los prodigios de la epopeya, Pérez Correa, reproduciendo el milagro de Josué, Hernando del Pulgar, clavando el Ave María en la mezquita de Granada, son la recompensa, que envía el cielo á España, para coronarle de gloria. Creyentes de fe difusiva y avasalladora, guerreros por carácter y por costumbre; herederos de una sangre, que venía hir-

viendo en la patria llama de veinte siglos los españoles necesitaban otros continentes, otros mundos, para comunicarles la exuberancia de su vida y el Océano con todas sus brisas para refrigerar sus ardores. Levantaron entonces su altiva cerviz, más allá de las alturas de Mar y tierra que cerraba el horizonte de España y preguntaron al Ángel de las Conquistas dónde había un mundo nuevo, que colocar á la sombra bienhechora de la Cruz. Entonces apareció Colón, señalando un nuevo mundo á través de mares desconocidos. Al partir las naves de Colón de nuestros puertos, se bambolean las columnas de Hércules y se desprende de ellas aquel vetusto *non*, que quitaba la esperanza á todos los exploradores y apareció radiante *plus ultra*, merced á España se abre un nuevo campo á los héroes de las conquistas.

Apenas respondieron al conjuro de Colón islas y continentes, que salen como á porfía de los abismos del mar en pos del inmortal Genovés, se lanzan al ignoto Océano mil y cien exploradores sin más ambición, que ganar almas para Cristo y tierras para España. Hernán Cortés consume su propia hacienda y aun empeñó las alhajas de su esposa, para pagar los aprestos de aquella maravillosa y brillante expedición, que fué coronada con la conquista de Méjico. Vasco Núñez de Balboa atraviesa el istmo de Darién, y al descubrir desde una cima el Océano Pacífico, entra solemnemente en sus aguas con la espada desnuda, para tomar posesión de aquel mar en nombre del monarca español. Alonso de Ojeda explora las cercanías del Ecuador, y llega hasta el golio de Paria. Pinzón, atravesando el primero la

línea equinocial, encuentra la desembocadura del río de las Amazonas. Bastidas navega por el mar de las Antillas y recorre las costas de Colombia y Venezuela. Díaz de Solís costea la América Meridional y remonta en una nave latina el río de la Plata. Ponce de León, dirigiendo la proa hacia el Archipiélago de las Lucayas, descubre una península, á la que da el nombre de Florida. Magallanes cruza el estrecho, que abre un nuevo camino, para llegar á la India antigua por occidente. Alvarado y González Dávila exploran y conquistan vastos territorios en la América Central. Almagro entra en Chile. Jerónimo de Ortal remonta el Orinoco, y mientras Ulloa, Mendoza, Orellana, Fernando de Alarcón, Espinosa, Coronado, Morales, el Padre Luquí, Hernando de Soto, Oñate, Acuña y mil más recorren en todas direcciones el Atlántico, Elcano da con sus naos la vuelta á todo el mundo, para que supieran los siglos venideros, que hubo un tiempo en que la pujante y cristiana España tenía en sus manos el globo terrestre. Pero no es solamente América el teatro de nuestras conquistas en aquella época. En las riberas del Mediterráneo, en el Bósforo, en el mar Egeo, por doquiera que volvamos nuestra mirada no encontramos un palmo de terreno, que no esté bajo el pabellón español, ó no sea tributario de los reyes de Castilla, llegando en estos tiempos al apogeo de su grandeza, porque había llegado también al apogeo de su fe. Pero aun hay más: pues mientras nuestra bandera flota en el nuevo mundo, Nápoles se rinde á Gonzálo de Córdoba, Cisneros conquista á Orán, Pedro Navarro destruye á Trípoli y obliga á los reyes de Argel y Túnez á prestarnos vasallaje; el

reino de Navarra es incorporado definitivamente á Castilla; Portugal es conquistado por el Duque de Alba; el Rey de Francia cae prisionero de nuestras tropas en Pavía; y Milán y Sicilia y Cerdeña y Alemania y hasta la misma Roma bajan su frente con respeto y temor ante la majestad y la gloria del pueblo ibero, que juntamente con la bandera española pasea triunfante por toda la tierra la Cruz del Divino Redentor.

Lepanto! ved otra gloria de España. en la que el heroísmo ibero salvó á Europa del poder otomano, al paso que el Rey tres veces cristiano andaba en inteligencia con el mismo Solimán. Allí cayó hundido para siempre el poder de la media luna en términos, que el Papa S. Pío V en un trasporte de entusiasmo no temió aplicar á D. Juan de Austria lo que Jesucristo dijo del mas grande de los nacidos: *Fuit homo missus a Deo, cui nomen erat Joannes*: jamás el sol envió su luz á un pueblo tan heróico y tan creyente. Los fabulosos imperios de Alejandro, Darío y Octavio, fueron como su sombra profética, ¿porqué se ha de censurar la frase de que «el sol jamás se ponía en los estados españoles? No: los reyes de Castilla, Aragón y Navarra reinaban en Nápoles, Sicilia, Cerdeña, el Milanesado, el Rosellón, los Países Bajos, el Franco Condado, Cabo Verde, Túnez, Orán, y en toda la Costa occidental del Africa. En la América gobernaban Méjico y el Perú, Nueva Granada, Chile, Paraguay y la Plata, las Islas de Cuba y la Martinica, Santo Domingo, Guadalupe, la Jamaica, y si quereis que termine, el mundo entero.

No os estrañe que sea España tan grande en sus domi-

nios, porque estos no son tan grandes, como su fe y para dar testimonio de ella á las generaciones futuras, levantó el templo más grande de su suelo, el Escorial, y si no levanta otro mayor, es porque otro templo mayor no cabe, si no es el de Salomón.

Así brilló el sol de España hasta que una nube fatídica de errores materialistas, amortiguando la fe y apagando el fervor religioso con una glacial indiferencia ocultó sus resplandores. La nube ominosa henchida de magnetismo y electricidad, de rayos y de pedriscos aparece casi inofensiva allá sobre las últimas líneas del orizonte, y poco á poco se acerca y se ensancha y se balancea sobre nosotros y de repente descarga sus iras sobre nuestras cabezas, tronchando árboles, destrozando frutos y anegando en agua nuestros campos. Sí: así apareció leve la osca nube de ciertas doctrinas en el orizonte de España en el siglo XVIII y fué acercándose y engrosándose para descargar sobre el diez y nueve sus teorías revolucionarias y envilecerlo y anonadarlo con toda la procacidad de su furia devastadora. Avatida se queda el alma con esa enervación, que sigue á las hondas pesadumbres, cuando recorrida la serie inenarrable de prodigios y grandezas con que España venía distinguiéndose desde antes de la redención del mundo, vuélvense los ojos á esta patria querida y la ven desnuda, despreciada, rota su bandera, gimiendo sus profundas penas con dos columnas destrozadas á un lado, al otro un león enfermo y un castillo derrumbado y en su frente un rótulo que dice con caracteres de eclipsado esplendor: *¡la impiedad ha robado mi grandeza!* Oh! no llameis ya graciosa á

la desolada viuda de Elimelech, no: no me llameis Noemi, esto es, graciosa, dice España; llamadme *Mara*, esto es Amarga, pues de amargura me ha llenado el Omnipotente, porque mis mismos hijos luchan contra mí: yo crié hijos y los engrandecí y ellos ahora me desprecian: *filiis evutriví et exaltavi, ipsi autem expreverunt me.*

¿Pero, es que se ha hundido para siempre el poderío de aquel pueblo incomparable, y han pasado á la Historia, para no volver más los gigantescos esfuerzos de su heroísmo sin rival? ¿Ha sucedido á la exuberancia de su primavera, la abundancia de su estío, y á este el decaimiento de su otoño y permanencia sin remedio en las exterilidades de su invierno? Oh! yo no lo espero, porque veo que resucita otra vez llena de exuberante vida, y resurge, henchida de santa fe; y porque recobra nuestra querida patria su fe perdida, vuelve á dedicar á Dios magníficos templos en la cumbre del Tibidabo, bellas Basílicas en Madrid y hermosas catedrales en la Laguna de Tenerife. España vive, y vive creyente: *eso me dicen los sillares de las magníficas Iglesias, que le dedica á Dios; y tan pujante es su fe, que los enemigos de Cristo se miraron con asombro al ver al pueblo español en masa al pie del Dios de los Altares en el Congreso Eucarístico, y adorando de rodillas la Cruz de Cristo, que, envuelta en divinos resplandores, adoró Constantino sobre el puente Milvio. Si: permitidme para terminar, que me dirija á nuestra querida patria, y le diga lo que escribió un profeta: Surge, illuminare, Jerusalem, quia... gloria Domini super te orta est. España, brilla en tu cielo una luz refulgente, que te ilumina, para conducirte por el sen-*

dero de nuevos triunfos y nuevas glorias; es la misma cruz, que Constantino vió fulgurar en el cielo. España, alza tu frente, mira á lo alto, adora esa Cruz y oye lo que te dice: In hoc signo vinces.

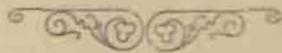
He dicho.



POESIA

DEL SEÑOR

D. Mateo Alonso del Castillo y Pérez

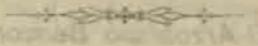


POESIA

D. Mateo Alonso del Castillo y Pérez



TRÍPTICO



I

El gran cristiano Menéndez Pelayo

Fué un genio colosal que asombró al mundo
Con su facundia inagotable y alta;
Flor que los campos de la Ciencia esmalta
Patricio eximio, pensador profundo,
Con su talento el escritor fecundo,
A todo lo que es bien defiende, exalta:
¡Cuanto la Patria ha de notar la falta
De ese varón insigne, sin segundo!
¡Oh muerte inexorable y traicionera,
Suspende pía tu feroz guadaña!
¿No ves como el error soberbio impera?
¿No ves los males que su triunfo entraña?
¡Esa existencia que arrebatas fiera
Es la gloria más pura de la España!

II

Constantino el Grande

Augusto Emperador; faro esplendente
Que aun difunde su luz deslumbradora
Al traves de los siglos; aun colora
Del espíritu el mar movible, ingente,
Que decline ante ti la altiva frente
El progreso y la ciencia educadora,
Proclamando tu obra redentora
Como la más sublime y trascendente,

Por ella del Calvario el Sol divino
irradió intensa luz al mundo entero;
Por ella el magno imperio bizantino
Tornó en amor el despotismo fiero;
Y la Cruz, el patíbulo afrentoso,
Símbolo fué del orbe el más grandioso.

III

El Arzobispo Bencomo

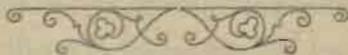
Severa se destaca la figura
Que limita su imagen venerada;
Amplia la frente, dulce la mirada
¡Cuánta ciencia y virtud su faz fulgura!
Cree verlo espaciándose en la altura
La mente soñadora y arrobada,
Presenciando feliz esta Velada,
Gozando de su Agüere en la ventura.
¡Canario ilustre, generoso, amado,
Duerme en paz de la tumba en lo profundo!
Hoy es de tus ejemplos fiel dechado
Nuestro Obispo, en virtudes tan fecundo,
¡Ambos honrais al pueblo afortunado
Que ensalza vuestro nombre á faz del mundo!

Mateo Alonso del Castillo y Pérez.

DISCURSO

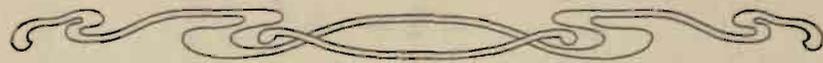
DEL SEÑOR

D. Andrés de Arroyo y González de Chaves



DISCURSO

D. Andrés de Artoyo y González de Chaves



Excelentísimo é Ilustrísimo Señor; Excelentísimos
Señores; Señoras y Señores:

Ya lo dijo nuestro insigne prelado: la inauguración de este Santo Templo Catedral, palacio mayor de Cristo Sacramentado, en la ciudad de la Laguna; la conmemoración del Edicto de Milán, de la libertad de la Iglesia Católica, triunfo de la civilización cristiana frente á las persecuciones de los poderes del Cesarismo pagano; esos son los dos grandes acontecimientos objeto de este solemne acto.

Creylene primero por ejemplo y enseñanza recibida en el hogar, y por estudio y reflexión después, quisiera, para dar satisfacción en parte á mis sentimientos, poseer la vasta cultura de nuestro inmortal Menéndez y Pelayo, y la elocuencia maravillosa y soberana de los señores Pidal y Vazquez de Mella, cantores excelsos de las fiestas Constantinianas en Madrid, ó la palabra arrebatadora del gran Doctoso Cortés que tanto brilló al hablar de la gracia divina en su famoso *Ensayo*; ó la majestuosa y sentimental del gran Aparisi y Guijarro que tanto me ha deleitado en sus obras donde rinde fervoroso y constante culto al reinado Social de Cristo, para analizar, dignamente, aunque solo fuera una sola faceta que las innumerables que ofrece la civilización cristiana, en lucha con la gentilidad primero, y coronada después por la libertad que en otro tiempo le dió el emperador Constantino.

Pero desprovisto estoy de cultura y de palabra que me permitiera abrigar tal pretensión, y ni la suntuosidad del lugar donde nos congregamos, ni las armonías de esos cantos, que son destellos reveladores de la belleza increada, ni la alta consideración que infunde la palabra apostólica de nuestro egregio prelado, ni la impresión consiguiente á la mágica palabra del P. Ubeda, gloria y prez de la Orden de San Francisco, ese santo austero y abnegado, de cuya sombra nos habló el Sr. Hernández Amador, ni el esplendor de todo este concurso distinguido, ni la impaciencia natural y legítima por oír el discurso de mi queridísimo y respetable amigo Sr. Fernández de Bethencourt, orgullo de esta provincia y ornamento intelectual de la Real Academia de la Historia, ni el fin de afirmación sobrenatural frente al naturalismo filosófico y político, que eso significa y entraña este acto, quiéranlo ó no los sectarios rabiosos ó los creyentes pusilánimes, ni la magnitud de la civilización cristiana, con todas sus consecuencias en la historia del Mundo, son circunstancias propicias, para que yo pretendiera desarrollar tema de tal magnitud, mucho menos atendida mi insuficiencia mental, y el escaso tiempo que se me ha señalado para lo que por error se llama en el programa discurso, porque al orden general y organización de este acto conviene el mayor laconismo en lo que diga.

La necesidad, de que un católico de Tenerife, coadyuvara á la prosa de este acto, llevando en él la voz de la Juventud que lucha y batalla por el imperio del Cristianismo, en las costumbres, en los hogares, en las leyes, en la vida social, en todas partes, es la única razón de que yo suba á

esta tribuna. No esperéis, pues, un discurso de mi. Sería pretensión vana intentarlo hablando dos glorias de la cultura y elocuencia españolas: el P. Ubeda y el Sr. Fernández de Bethencourt.

Hoy que, como dijo un católico ilustre, «*todos los manejos y todas las maniobras de la impiedad, todo su pomposo aparato científico, todo su vocerío literario, artístico, callejero, pedagógico y social, desde el aula y el laboratorio y la escuela y el periódico, al mitin, al Parlamento y á todos los escenarios se reduce y se reconcentra y se traza y se formula y se simboliza en la negación, en la proscripción de todo el orden sobrenatural, como reo definitivamente expulsado por su irredimible indignidad de la vida, hoy que esa absurda y contradictoria y hasta ridícula relegación fuera del derecho comun es la consigna de la impiedad,*» precisaba, y ha venido muy oportuna la decisión de S. S. relativa á la Commemoración del Edicto de Milán, como afirmación de la fé frente á la negación de los que la odian. En el siglo III había Césares y leguleyos que concentraron en el Capitolio todas las facultades inherentes á la soberanía social, creando el panteísmo jurídico y político del Cesarismo romano, convirtiendo al Estado de entonces en omnipotencia suprema con facultades en todos los órdenes de la vida, y frente á esa constitución del Pueblo Rey, surgieron las enseñanzas del Cristianismo, con sus predicaciones de moral elevada, proclamando la igualdad de origen y de fin, la separación de la potestad religiosa y la civil, la distinción del derecho público y el derecho privado, la preferencia del espíritu sobre la materia, en los

actos, en la literatura. en las ciencias morales y políticas, en todos los órdenes de la vida.

El mundo estaba perdido: Roma sujeto al Mundo con la espada y con sus leyes; pero olvidadas sus antiguas virtudes, minada en sus cimientos por la filosofía de Epicuro, enervada por las tremendas proscripciones de Mario y Sila, enloquecida por sus triunfos, entregada á los más torpes deleites con desgarramiento de sus entrañas extenuadas por las guerras constantes de Mario, de César, de Pompeyo, de Antonio, de Lépido, de Augusto, estragadas las costumbres, profanadas las leyes, endurecidos los corazones, enervadas las almas, olvidado de sus antiguas libertades, entregado á orgías insensatas, y á monstruosas persecuciones de cristianos, había llegado, como dice Donoso, el tiempo señalado en las antiguas profecías para la redención del Mundo. Vino el Redentor y el Mundo desconociéndole le clavó en una Cruz como á un vil criminal. Y los hipócritas asombrados de su doctrina le decían: ¿quién eres tú que vienes á quitar la máscara de nuestro rostro? Y los sabios ¿quién eres que vienes á descubrir nuestra ignorancia? Y los grandes ¿quién eres que vienes á predicar la igualdad entre los hombres? Y los turbulentos ¿quién eres que vas diciendo, la paz sea con vosotros? Y los fariseos ¿quién eres que vienes á quebrantar las fórmulas á vivificar la ley? Y los ricos ¿quién eres que santificas la caridad y la pobreza? Y los judíos que no comprendían ese Rey humilde, sin púrpura ni trono resplandeciente, sin tesoros, sin armas y sin el cortejo de los ricos y potentados, lo llamaron hipócrita, y ambicioso y revolucionario é impostor y le insulta-

ron, y le escupieron y le profanaron y le rasgaron sus vestiduras y le hicieron mofa y le clavaron espinas, y el escándalo y el crimen del deicidio se consumó, probando de esa manera, los propios enemigos de Cristo, sin darse cuenta la divinidad de su origen, pues los propios libros del antiguo Testamento, que ellos guardan con su odio, profetizan todo lo que ese mismo pueblo desarrolló.

Y vinieron las predicaciones de los discípulos, y se sucedieron las persecuciones de los poderes públicos, y *la sangre de mártires fué semilla de cristianos*, y las entrañas de la tierra se convirtieron en ciudades con las Catacumbas, y la virtud intensiva del Evangelio penetró en casi todas las conciencias, hasta que Constantino el Grande, dando el Edicto de Milán sancionó con la ley, lo que á despecho de Nerón y de Domiciano y de las confiscaciones y de las proscripciones y de los martirios, era un hecho social que había penetrado en todas las almas y dominado espiritualmente el Imperio.

No creais, pues, que supongo á Constantino como Salvador de la Iglesia perseguida. El Edicto de Milán fué el reconocimiento del hecho social; el cristianismo lo había invadido todo hasta el punto de que Tertuliano pudo lanzar la amenaza de convertir á Roma y al Imperio en un desierto con solo retirarse de allí los cristianos.

El triunfo del Catolicismo se debe á su propia virtualidad: la Iglesia es la Institución más grande y más admirable de la Historia, aún para los ojos de los heterodoxos no apasionados.

Ella triunfó en tiempo de Constantino, como ha triunfa-

do y triunfará siempre en el curso de la Historia, aun que otras cosa crean los modernos anticlericales, por que su contenido bajó del Cielo, y contra él nada podrá la soberbia de los hombres. Ella atraviesa en triunfo los caminos de la Historia, los atraviesa en verdad bajo tempestades morales, bajo luchas incomensurables, bajo huracanes desatados, pero va siempre triunfante á despecho de sus enemigos de dentro y de la impiedad militante que le acompaña y sigue siempre á la verdad, como la sombra sigue siempre á la luz.

Simón, Cerinto, Menandro, Basilides, Nicolao, en el siglo primero, los Gnósticos, Valentinianos y Montanistas en el segundo; los sectarios de Prasexreas, Sabelino y de Novato en el tercero, se encargaron en los primeros tiempos de amargar su vida íntima, mientras fuera la persecución de los poderes públicos, con potros, caballetes, cuchillas, hogueras, circos y toda clase de suplicios le coronaron con la aureola del martirio que ya había simbolizado la Cruz del Redentor una tarde fúnebre en el Calvario.

Y Constantino llega en el siglo 4 y da la paz, y coloca la Cruz sobre la Corona de los Cesares; pero la heregía se enrosca siempre, como la serpiente paradisiaca, y aparecen los donatistas, los Abelecianos y los Luciferianos, y luego viene Arrio y Nestorio, y todos perecen como cosa caduca, que el tiempo la mata, mientras la Cruz, simbolo de Cristo, perdura á través de las Edades.

Y más tarde, aparece Lutero, y Zunglio y Calvino, y los Albigenses, y á estos suceden con el libre exámen, los sistemas filosóficos, y cuando la impiedad canta victoria,

creyendo que Kant, con su racionalismo, constituye la verdad definitiva, se derrumba ó adultera el sistema, dando paso al realismo de Krause, como antes se había extendido también y derrumbado después, el subjetivismo de Fichte, y el idealismo de Ugel, como luego se derrumbó el Krausismo, como había nacido y caído el positivismo en su primera etapa de Spencer y de Ribot, como caerá, seguramente, el monismo, último enemigo de la Cruz en la historia de la filosofía, aun cuando para descrédito de los modernistas avanzados, su doctrina, sea en parte un recuerdo del gnosticismo que conocieron los primeros siglos del cristianismo.

Y la Iglesia, con su Cruz vencedora, cruzando majestuosa el mar proceloso de la Historia, perdurando, una, é invariable, á través de 20 siglos, á despecho de sus enemigos que, antes como ahora, cada cual en su época, ha creído sepultarla sin conseguir otra cosa que ser ellos los sepultados.

Ella ha visto pasar, ante su trono incommovible, á las sectas y á los sistemas, á los Imperios y á las repúblicas, á los absolutismos y á las democracias, á las tiranías imperiales ó parlamentarias, y á los gobiernos representativos, á los tiranos y á las Cortes; ella ha visto cambiar á su alrededor la geografía de las naciones; ella ha visto al Mundo assolado por la invasión de los bárbaros del Norte, y hasta se ha visto á sí misma partida en su eje con el cisma de occidente, pero no obstante, extendida por todas latitudes, resiste, incommovible las inclemencias del tiempo siendo la única excepción de que la Cruz y todo lo que ese signo

simboliza es lo único imperecedero, con quebranto de las leyes naturales que proclaman la evolución en todos los órdenes de la vida.

Esos son los caracteres de la Iglesia Católica que aquel gran Emperador, que supo tener para consejero al gran Ossio, el español más ilustre que conoció su siglo, reconoció como doctrina lícita y saludable para el Imperio.

Esos son los caracteres de la Institución, que ha llevado la verdad á todos los países, inundando con la ley de la civilización á todos los pueblos donde se alza la Cruz, y ofreciendo el contraste, ahí está la Geografía que lo abona, de que donde la Cruz no ha llegado la barbarie y la incultura es lo que reina, sin que todos los sofistas del día, sean capaces de explicarme ese fenómeno dentro de las ideas que ellos profesan, como tampoco pueden explicar la dispersión del pueblo judío, persistente á pesar de su convivencia con otras razas, desechando el cumplimiento de la maldición divina.

Esos son los caracteres de ese símbolo augusto que tanta gloria dió á nuestra Patria, cuando todos sus hijos llevaban en el corazón el símbolo de la Cruz y la rotura interna que disgrega las almas, no se conocía en el suelo español. Porque la Cruz ha inspirado nuestras grandes empresas, y ha sido el aliento de nuestros grandes políticos de nuestros grandes historiadores, filósofos, literatos y artistas.

La epopeya nacional de la reconquista se inició con la Cruz de Pelayo, en aquellas grutas de Covadonga, que de manera tan realista ha descrito el Sr. Fernández Bethen-

court en sus *Príncipes y Caballeros*; ella amparó á Colón en el portico de la Rábida, convertido, según frase de Mella, en el pórtico del Nuevo Mundo; ella salvó á España; y con España á Europa, de que la Media Luna, derrotada en Lepanto, asolara con su barbarie al Mundo civilizado; ella coronó los púlpitos que los PP. Puebla, Rico, Gil y Basilio, convirtieron en trincheras frente al invasor francés, ella fué la que tremolaron en sus estandartes nuestros antepasados gloriosos, cuando la Capital de Canarias, que á la Cruz está consagrada, quisieron rendirla los ingleses de Nelson.

— La Cruz llevaba sobre su cuerpo Tirso de Molina, cuando empuñó el cetro del Teatro Español y Lope de Vega, cuando asombró al mundo con su prodigiosa fecundidad, y Calderón de la Barca, cuando ascendió á la cumbre del Parnaso, como la habían llevado también aquellos otros frailes como Raimundo Lulio el fundador de la literatura catalana, y San Vicente el fundador de la portuguesa, y Lorenzo de Segura y Berceo de la Castellana.

Y lo mismo en los dominios de la Historia, los insignes jesuitas Masdeu, Flores y Mariana, en la filosofía Suárez, Soto, y Belarmino, que Hervás y Panduro, llenando al Mundo atónito con su fama de filólogo extraordinario, que Huarte mostrándose consumado frenólogo, cuando todavía la frenología, no había aparecido como ciencia, que Rojer Bacon sentando las bases del método experimental siglos antes que el Canciller Bacon de Verulamio; que los Velázquez, Zurbarán y Murillo, y el Greco, acercándose á la belleza increada en sus lienzos inimitables, que Salcillo, Mar-

tínez Montañéz y Gregorio Hernández, con sus esculturas donde el dolor ha tomado asiento, nos presenta el recuerdo de la España gloriosa que abrazada á la Cruz vió Constantino, é hizo de nuestra patria el primer pueblo del Mundo, en ciencias, en artes, en empresas guerreras, en evangelización de pueblos, en políticos, en historiadores, en caridad, en todo cuanto constituye la civilización de un país.

En el Cristianismo, se encierra toda la grandeza de la humanidad; la Iglesia Católica cubre con las orlas de su manto todo lo grande, progresivo, virtuoso y heroico, abri-llanta las páginas de la historia. El obscurantismo, el espíritu regresivo, el fanatismo sectario, que no lo busquen en nosotros, que esas cosas están vinculadas en el ejército de la impiedad. Ellos no marcan un avance en la civilización en el orden político, porque el despotismo del Estado moderno pletórico de todas las atribuciones que ha venido hurtando á todas las personas sociales que forman el conjunto nacional, es la resurrección del Cesarismo pagano que nosotros habíamos sepultado hace veinte siglos en el sepulcro de la antigua gentilidad y que los regalistas y gollillas de las monarquías absolutas de Francia, en los siglos 17 y 18 restauraron bajo los esplendores de los imperios, á quienes han venido á suceder los modernos progresistas, pregoneros del Estado Pontífice, del Estado legista, del Estado pedagogo, del Estado omnisciente; ellos no representan un avance en el orden de la economía social, porque pregoneros de la libre concurrencia económica, después de haber destruído con la constitución orgánica de la Patria, imponiendo el régimen individualista, atómico, los gremios

de oficios y clases que hacían fuertes á los débiles, han dado lugar al imperio del Capitalismo y la burguesía, frente á la legión de hambrientos y miserables, desconocidos antes, y que como llaga repugnante del paganismo liberal, ha pasado al Diccionario moderno con la palabra de *pauperismo*, porque en el antiguo no existía, viniendo también en este orden á ser retrógados los modernos progresistas, puesto que si algún precedente tiene el pauperismo es en la esclavitud que los Pontífices se encargaron primero de dulcificar y después de abolir; ellos no representan en el orden intelectual adelanto alguno, porque en el orden literario, el cursi modernismo es la restauración empeorada del antiguo gongorismo y culteranismo, en el orden filosófico, el positivismo de Spencer Rivot, el Materialismo de Buchner y Moleschat y el evolucionismo transformista ó monismo de Darwin, ya en bancarrota y decadentes para pasar á la historia como pasaron el idealismo de Hegel, el subjetivismo de Fichte, el racionalismo de Kant y el armonismo de Krausse, con la resurrección moderna del antiguo materialismo de Leucipo y Demócrito, y del transformismo evolucionista de los antiguos, que muchos siglos antes de Jesucristo, habían preconizado algunos filósofos griegos. ¿Dónde pues está el adelanto? ¿En los ríos de sangre que encharcaron á la nación francesa durante la época del terror? ¿En las siniestras luminarias que para vergüenza de la humanidad hicieron pavesas, los conventos de Barcelona?

Aquellos ríos de sangre sirvieron para aumentar la cólera de la fiera revolucionaria, y llevarla, con la lógica im-

placable de los hechos á demostrar á sus mismos adalides la ferocidad y barbarie recientes, llevando á la guillotina á los que antes habían sido matadores; y las luminarias de la semana trágica en Barcelona sirvieron para alumbrar al mundo, para decir al orbe entero que la vida del fraile está fundida con la vida de la virtud y de la ciencia, que el combustible que producía aquellas llamas lo formaba las moradas frailunas y los hábitos talaes, pero lo formaban también las riquísimas bibliotecas, los antiguos códices de mérito incalculable, los museos de arte y de ciencia, que la Religión había acumulado para enseñar luego al mundo que los nuevos bárbaros de la impiedad, al atentar contra el ministro del Señor, tenían también que destruir la ciencia y la virtud porque en ellos estaban vinculadas.

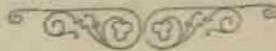


SEÑOR DE POESIAS

POESIAS

DEL SEÑOR

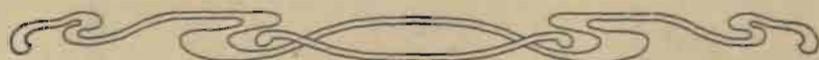
D. Antonio Zerolo y Herrera



POESIAS

del libro

D. Antonio Zerolo y Herrera



CORO DE POETAS

*Al Ilustre Académico mi amigo y
paisano D. Francisco Fernández de
Bethencourt.*

Los genios de la patria forman el magno coro.
Allí está „Garcilaso”, bucólico cantor,
“Fray Luis”, que “suavemente menea” el plectro de oro,
“Herrera”, enamorado de “Doña Leonor”,

Y muchos más completan la pléyade divina
Que pule y enriquece la lengua nacional;
Escribe madrigales “Gutierre de Cetina”
Y el “capitán Andrade” la “Epístola moral”.

“Quevedo”, el gran Quevedo, que execra el vicio humano
En versos encendidos de noble indignación,
Y “Góngora”, heredero de “Mena” y de “Lucano”,
Y “Rioja”, que en las flores bebe la inspiración.

Artífices supremos del español idioma,
Hiciéronle instrumento del pueblo más viril,
Y empaque autoritario y aire guerrero toma
Cuando éramos señores de territorios mil.

Los líricos le fían sus íntimos afanes,
Los épicos encarnan en él la tradición,
Y brilla en discreteos de damas y galanes
En las sublimes obras de “Lope” y “Calderón”.

¡Oh, lazo de las almas, vehículo de ideas
Que fueron patrimonio de Europa en otra edad,
En páginas sabrosas el ánimo recreas,
Lleno de orientalismo, de pompa y majestad!

¡Qué bien sonaron antes en tierra castellana,
Donde la patria tiene su historia y su raíz,
Las frescas "serranillas" del prócer "Santillana",
La risa picaresca del clérigo "Juan Ruiz"!

Coro inmortal de acentos sonoros y acordados
Donde la rima luce su mágico primor,
Al que también unieron los suyos inspirados
"Núñez de Arce", "Becquer", "Zorrilla", y Campoamor".

Por tantos creadores de célica armonía,
Que en verso reflejaron del numen el poder,
Iberia es admirada del mundo todavía,
La fama de su nombre se extiende por doquier.

Aún la vieja España por la desgracia herida
Puede la augusta frente con noble orgullo alzar,
Pues afluyó á su seno tal cantidad de vida,
Que amamantó naciones, mundos sacó del mar!

Y si llegaron tiempos de prosa y decadencia,
¿Qué pueblo no declina? amantes del saber,
Registran sus archivos, depósitos de ciencia,
Sus crónicas y anales acuden á leer,

Mezclando al son del canto matices y colores,
Dos celebrados vates que en alto asiento están,
Tejiéronle corona de inmarcesibles flores,
Romántico "Espronceda", y clásico "Galán",

Corona de dos mundos ceñía su cabeza,
Y un colonial imperio tan grande levantó,
¡Qué nos parece un sueño no más tanta grandeza,
Pues todo como cosa fantástica pasó!....

Después de las hazañas con que llenó la historia,
De pueblos y de razas perdió la potestad,
Pero vibrando siguen, colmándola de gloria,
La voz de sus poetas por una eternidad!

La creen moribunda, y sólo está cansada
Del gigantesco esfuerzo, del rudo combatir,
Del peso del escudo, de manejar la espada,
De circundar el Orbe, de tierras descubrir,....

¡Santa y heroica Madre, que en la pasada era
Jamás en tus dominios viste ocultarse el sol,
Siempre por ti han sentido veneración sincera
Mi corazón canario, mi espíritu español!

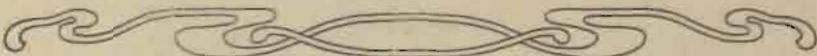
Más grande me pareces cubierta así de heridas,
Que beso en un arranque de adoración filial;
Para las almas nobles, las almas bien nacidas,
La patria nunca muere, la patria es inmortal.

Te miran en las artes, que es el mejor tesoro
Que las naciones cultas dejan en pos de sí.
Te sienten en el habla, que es un raudal sonoro,
Te llevan en la sangre que verterán por tí!

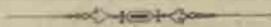
Y mientras tanto escucha las voces resonantes
Del himno que te cantan, ceñidos de laurel,
Compuesto en el idioma rotundo de Cervantes,
¡Cervantes!... ¿Qué más gloria? ¡Eterna eres por él!

No temas las catástrofes; aunque llegase un día
En que desaparecieras del mapa universal,
El eco de tus glorias jamás se extinguiría;
¡La patria nunca muere, la patria es inmortal!

Antonio Zerolo.



LAS CUMBRES



¡Siempre arriba, siempre arriba!
¡En la cumbre, en las montañas,
donde es el aire más puro
y más bello el panorama;
donde los guanches vivieron
y donde sus sombras vagan.....

Si es áspera la pendiente
y negros surcos de lava
serpentean, como signo
de catástrofes pasadas,
¡no importa! arriba está el premio,
la gloria de la jornada,
el recreo de los ojos,
las azules lontananzas,
los confortantes olores
del poleo y la retama;
la soledad y el silencio
que á nuestro espíritu hablan:
la elocuencia de las cosas,
es la elocuencia más alta.

No merece que en sus venas
circule sangre canaria,
quien no vea en nuestros montes
los altares de la patria.

¡No sé que atracción ejercen
las alturas en el alma!
Será que de su divino
origen haciendo gala,

quiere subir, remontarse,
y satisfacer sus ansias;
¡ay, la sed de lo infinito
que en la tierra no se apaga!
¡Arriba, bajo los pinos,
que susurran, vibran, cantan,
como gigantescas liras
de múltiples resonancias;
junto á los enormes dragos,
que en sus retorcidas ramas
y en sus troncos corpulentos,
la historia de siglos guardan;
que no se cimbran ni doblan,
y sólo el rayo desgaja;
que clavados en las cimas,
inmóviles como estatuas,
parece que están diciendo
á todo invasor: «¡no pasas!»

En verdad, que las alturas
son refugio de las razas,
castillos de independéncia
cuando pelagra la patria.

Y así, maltrecha y vencida
en el lago de la Janda,
en Covadonga y Sobrarbe
resurge la noble España.

¡Oh, las eminencias, templos
de la libertad sagrada!
¡Oh, las cumbres, donde anidan
los valientes y las águilas!...
¡Arriba, cerca del Cielo!
Abajo, el mar que nos baña,
la vega de la Laguna,
el valle de la Orotava;
las naves, que van y vienen

de Europa, América y Africa,
con sus penachos de humo
y sus estelas de plata;
las ciudades orgullosas
con las torres que levantan,
sin ver que ante la Natura
todas las torres son bajas.
¡Qué bien el pulmón respira!
¡Cómo la vista se sacia!
Dios ha hecho las alturas
y dió al pensamiento alas,
para que ascendamos siempre.
¡Sea la vida una escala
de robustez para el cuerpo,
de perfección para el alma!.....

¡Qué frescura en el ambiente!
¡Qué emoción tan honda y grata!
¡Qué religioso respeto
el ánimo nos embarga!

Desde que subió hasta el Gólgota,
al hombro la cruz pesada,
el humilde Nazareno,
¡todas las cumbres son santas!
¡Espectáculo grandioso!
La isla está á nuestras plantas,
tendida como una alfombra,
verde como una esmeralda.

Son los plátanos, el símbolo
de la cultura romana;
de ellos á la sombra, Horacio
sintió del númen la llama,
y compuso sus epístolas
y sus odas y sus sátiras.

No es la ascensión fatigosa,
ni los abismos espantan,

á quienes, cual dignos nietos,
oyen la voz legendaria
de los que un día subieron
hasta los Andes y el Atlas.
¿En qué altura no ha flotado
la bandera roja y gualda!.....
¡Ojalá, que al blando beso
de las brisas de Nivaria,
por los siglos de los siglos
corone nuestras montañas!

ANTONIO ZEROLO.

Julio de 1913.

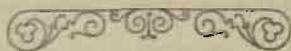


Memorias y Delicias

POESIA

DEL SEÑOR

D. José Tabares Bartlett



POESIA

D. José Tabares Bartlett





Menéndez y Pelayo

— DISCURSO —
*A mi querido amigo el ilustre
Académico D. Francisco F. de
Bethencourt.*

*Templó su pluma en la sagrada fuente
de la Verdad cristiana y redentora,
llevando en su existencia creadora
la fe en el corazón, Dios en la mente.*

*En vuelo prodigioso y sorprendente,
cual águila que al sol reta y explora,
se alzó su inspiración fecundadora
con las alas del sabio y del creyente.*

*Fué en el libro, en la cátedra, su ciencia
igual qué en la llanura la eminencia,
¡qué sobre del abismo la montaña!...*

*Y al evocar su nombre el labio mío,
veo espejado en el corriente río
de su grandeza, el símbolo de España.*

José Tabares y Bartlett.



Mémoires y Delays

En un tomo en folio de 1764
Impreso en la Imprenta de la Universidad de Salamanca
por D. Juan de la Cruz de Torres y Torres

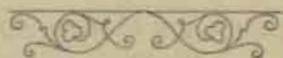
Tras de lo qual se dio en la siguiente forma
de la Verdad con tanta y exactitud
devenido en el presente con el
de lo en el presente. Dice en la forma
En una parte para y otra para
con el fin de la verdad y equidad
con las leyes del reino y del comercio
Por lo qual se dio en la forma de la
que para de la forma de la
que sobre del presente de la
Y en consecuencia de lo que se
sea cumplido en el presente de la
de su presente de la forma de la

Por D. Juan de Torres y Torres

DISCURSO

DEL EXCELENTÍSIMO

Sr. D. Francisco Fernández de Bethencourt



DISCURSO

DEL CRISTIANISMO

Dr. D. Francisco Fernández de Retencourt



SEÑORES:

Estoy seguro de que no habréis de tomar á lisonja, indigna de vosotros y de mí, que comience diciéndoos que esta impresión que siento ahora—con ser muchas ya las ocasiones en que he dirigido mi palabra al público—no la he sentido jamás. Bastaran á producirla extraordinaria lo augusto del lugar, lo singular del momento, lo insólito del caso: bastara verse hablando bajo las bóvedas magestuosas de este insigne templo, para sentirse emocionado y sobrecogido.

No quiero yo deciros, ni vosotros me lo creeríais si os lo dijera, que he hablado ó he leído siempre antes de ahora con una despreocupación de mal gusto, que no hubieran justificado las circunstancias de semejantes memorables actos, ni estuviera en la debida consonancia con la modestia obligada y nada meritoria de mi carácter. ¿Cómo es posible que no hubiese experimentado honda emoción el día en que, por mandato reglamentario, realizando la ilusión mayor de mi vida literaria ya no corta, celebré mi recepción en la Real Academia de la Historia con la lectura de un discurso ante aquella corporación sapientísima, en acto inolvidable para mí, al que se dió cita además la flor y nata de la Villa y Corte? ¿Cómo no sentirme profundamente impresionado

cada vez que el docto Areópago me ha conferido su representación en extraordinarias solemnidades, abrumándome con el encargo, tan honroso como difícil, de llevar en ellas su voz? ¿Cómo no sentirme conmovido profundamente las varias veces en que me ha tocado por su orden abrir las férrreas puertas de la vieja Casa á altas representaciones de la Milicia, de la Grandeza, de las letras y de la diplomacia españolas, ante un auditorio que recordaba los que tuvo Talma, de Reyes de la inteligencia, entre los cuales ha figurado un día y otro la Magestad Reinante, realzando con su presencia soberana tales momentos? Fuera una afectación ridícula haceros suponer en mí una frialdad y una serenidad que no existen, y que serían de todo punto inexplicables; y nada más alejado de mi ánimo, sobre todas las cosas sincero, que pensamiento semejante. Pero lo que os he dicho antes y os repito ahora, mostrándoos el fondo más remoto de mi conciencia, es que no he sentido jamás, ni en esas ocasiones ni nunca, ésto que aquí, y en presencia de vosotros, siento y declaro. Hay en esta impresión nueva, en esta emoción de hoy, algo de indefinible, de íntimo y de tierno, si os parece bien el vocablo, que nunca conocí: bulle en el fondo de este acto, en cuando atañe á mi intervención en él, algo de la ternura maternal que representa, de parte de esta noble Ciudad, el inesperado llamamiento, algo de la filial ternura que hay de mi parte, y sin cuidado lo proclamo, en la aceptación presurosa.

Porque yo pienso que vuestro Ilustre Municipio, al llamarme á compartir con todos vosotros el goce supremo de esta imponente festividad, en vuestra Historia única, y la

suprema grandeza de estos instantes, para todos inolvidables, no me llamó por elocuente, ni porque esperara de mis labios esos acentos de sublime inspiración, hoy hasta en nuestra España desgraciadamente raros, de que abomina envidiosa la baja prosa modernista y villana, excusando y condenando todo aquello que no es capaz de pensar ni de sentir; como si no hubiera de ser eternamente la suprema expresión del espíritu humano, su manifestación más alta, la que lo lleva y nos lleva á las más encumbradas regiones de lo Bello, á las posibles cercanías de lo Divino, esa de la palabra, entre los españoles singular hasta ayer tarde, cuando ellos se llamaban para nuestra gloria Cánovas del Castillo, Castelar. Salmerón, Silvela mismo, y hasta Canalejas, y de que entre los vivos quedan apenas, por fortuna, en medio de estas multitudes desconcertadas, Pidalés, Mellas y Mauras, conservando cuidadosos el casi perdido secreto, para asombro y deleite de las actuales generaciones que no estén con esa gran tradición reñidas.

No por cierto: por elocuente no me habéis llamado vosotros, que no pensáis por suerte vuestra como esas gentes desdichadas, pero que hubiérais en ese caso ido á buscar en otros lo que toda mi buena voluntad no hubiera podido proporcionaros. Me habéis buscado, y me habéis llamado y traído aquí, por amante apasionado de nuestras caras Islas, por constante enamorado de nuestra nobilísima tierra, que yo, en una de esas solemnidades académicas que antes os dijera, había llamado, publicando mi amor y mi recuerdo: *aquella tierra mia encantada y lejana, mitad rocas, mitad jardines, á ratos desierto, á ratos Paraíso*; me habéis

llamado para darme generosos la ocasión suspirada de retornar alguna vez á ella, la patria vuestra y mía en que todos vimos la primera luz, y cuyo amor la prolongada ausencia, obrera infatigable é invisible de todos los días, de todas las horas y de todos los minutos, va acreciendo y aumentando sin cesar, porque ella es—nada encuentro que lo exprese tan bien como el bellissimo conocido cantar—ella es

Aire,
que apaga el fuego chico
y aviva el grande.

Por ésto solo, porque sabíais hasta que punto más de seis lustros de esa labor tenaz han avivado en mi corazón el fuego sagrado del amor de nuestras Islas; porque sabíais hasta que punto era grande el fuego primitivo, y no chico y de los que se apagan en su propia pequeñez; por ésto me habéis llamado vosotros, cuando yo más temía que os hubiérais olvidado de mí, y por ésto he aceptado yo, sin el menor temor de defraudaros en vuestras esperanzas, como hubiera de otro modo pasado, apareciendo de improviso unido é identificado con vosotros, y hasta presente aquí, en esta gran protesta de vuestros sentimientos católicos, que estáis haciendo ahora, en esta Catedral hermosa de la un tiempo Capital, centro y cabeza de todo el Archipiélago canario, postrados todos á los piés de la Virgen mil veces Bendita, Madre Santísima de Dios y nuestra, consentidme que lo diga ahora con los pobres versos que mi Fe juvenil le consagró hace ya cuarenta años:

Que es tesoro inagotable,
manantial que nunca acaba.

*la Celeste Emperatriz,
de Dios mismo gloria y gala,
la que en mí tosco romance
quise cantar entusiasta,
y á quien con mi lira entrego
mi corazón y mi alma.*

Si: dejadme que lo proclame á boca llena y sin modestia ni rubor: yo merecía vuestro recuerdo, porque yo soy un hijo de Canarias entusiasta del privilegiado país en que nací; sólo que soy un canario de las Islas Canarias, de las siete Islas Canarias, como las encontré al nacer, como las quise en la niñez, como las viví en los primeros años, como las defendí y las canté en la juventud, como las representé en una y otra Cámara en la edad madura, como las quiero ahora en los comienzos de la vejez: un hijo amante del Archipiélago Canario, según la frase que inventaron para su República francesa los revolucionarios del 93. *uno é indivisible.*

Lo que yo no conozco, ni concibo, ni logro explicarme por más que lo intento, son estas divisiones de lo indivisible, estas variedades de lo único, estas mutilaciones insensatas, estos grupos absurdos, arbitrarios y caprichosos, inventados ayer de mañana, no sé cómo ni por quién: esta separación criminal de miembros y de partes, que juntos forman un cuerpo, que dispersos nada son. No alcanzo á saber lo que sean en realidad las Canarias Orientales ni las Occidentales, ni las del Septentrión ó el Mediodía. Yo represento en mi la perfecta unidad eterna, étnica y moral, de este montón de rocas, mantenido por la mano de Dios

en medio de los mares: nacido, bien lo sabéis, en el Puerto del Arrecife, seminarista en Las Palmas, estudiante en La Laguna, periodista en Santa Cruz, donde mi padre está enterrado, miembro de vuestra Diputación Provincial por Lanzarote, donde yacen los más de mis abuelos, con cuatro terruños heredados de otros mis deudos en la Gran Canaria, Diputado á Cortes por la Circunscripción de Tenerife, la Gomera y el Hierro, Senador del Reino por las siete Islas, por todas las Islas, por las Islas unidas y hermanas, por el Archipiélago Canario en una palabra, hijo de todo él, yo sólo comprendo, sin divisiones artificiosas, inventadas por la política insaciable, nacidas de las locas ambiciones de abajo, y amparadas y fortalecidas por las inconcebibles debilidades de arriba, *las Islas de Canaria*, como se decía en los buenos viejos tiempos; y en ellas solo me explico como su centro natural, formado por la Providencia, impuesto por la sabia naturaleza, proclamado por la Historia, señalado por la Geografía, declarado por la Estrategia, aclamado en páginas inmortales por la antigüedad clásica, reconocido y acatado, en suma, en todas sus manifestaciones por la Ciencia, Tenerife, nuestra gran Tenerife, con sus dos Ciudades vieja y nueva, con su Valle de la Orotava á nada igual, con su Puerto de la Cruz y sus dos Realejos, con su mágica cadena de pueblos risueños que la circundan y la rodean, con su región del Norte que parece arrancada de Italia, con su región del Sur que semeja desprendida del Africa, con su nevado Pico, que figura como vigilarla y protegerla, más alto y más grandioso que la cumbre mayor de los Alpes.

*Teide famoso, cuyo excelso pico
pasa á las altas nubes, y aún parece
que quiere competir con las estrellas;*

Tenerife, toda Tenerife,
*¡desde la punta de Teno
hasta la punta de Anaga!*

Ya me habéis oído antes recordaros que fuí, en el correr veloz de los primeros años, *estudiante en La Laguna*. La palabra *estudiante* es ella sola un poema, y ¡qué poema!: el poema del vivir sonriente, de la adolescencia feliz y de los albores de la juventud: el poema de la dulcísima primavera, de la dicha sin sombras ni preocupaciones—sin otra sombra que la del mes de Junio, ni otra preocupación que los exámenes—; el poema de las ilusiones, de las esperanzas y de los ensueños. Pero ser estudiante en La Laguna era algo más que eso: era algo semejante á haberlo sido en la Salamanca de otras épocas. Yo no he olvidado ni olvidaré jamás aquellos años del estudio, pasados en la Ciudad histórica, llena todavía, á través de las centurias, de los recuerdos de la vida entera de la Tenerife cristiana y española.

Parecíale á cada uno—por escaso que fuese el interés que pudiera inspirarle el pasado, por poco compatibles que resultaran las impresiones del remoto ayer con la cordedad presente de los años mozos—, parecíale que vivía constantemente en la estrecha vecindad de los que fueron, y que se encontraba á cada paso, en sus calles tranquilas, en sus plazas desiertas, en sus frescos paseos, en sus casas vetustas, en sus Iglesias, en sus Conventos y en sus Ermi-

tas, á los propios esforzados paladines que acababan de ganar la Isla para los Señores Reyes Católicos Don Fernando y Doña Isabel, en todas partes, felizmente, victoriosos y triunfadores. Parecíanos haber presenciado, con respetuosa y profunda emoción, el acto solemne, en que el propio General Don Alonso Fernández de Lugo, acompañado de sus principales capitanes, constituía, con patriarcal grandiosa sencillez, el nuevo y luego poderoso Cabildo, sólido cimiento, arranque y principio de la feliz República canaria, ya en su pacífica dignidad, el vencedor afortunado, de «Fundador de nuevos pueblos, de Padre y primer Legislador y Cultivador del mejor país de las Tierras Afortunadas», como nuestro grande historiador acertadamente lo llama. Parecíanos que estábamos viendo por nuestros propios ojos asombrados como brotaba sobre la Laguna de Agüere el noble pueblo, bajo aquella honrada y paternal dirección, creciente por instantes en vecindario, en templos, monasterios, hospitales y edificaciones de todo orden, y cómo brillaban desde luego en su iniciación las artes civilizadoras de la paz, la Agricultura, la Navegación, el Comercio, las Industrias, la Policía, comenzando tímidamente el rico tráfico, con la vieja madre Europa, con el Africa silenciosa y vecina, con la América, que acababa de salir de las aguas plétorica de misterios y de promesas. Parecíanos ver á los hijos mismos de aquellos conquistadores, intrépidos aventureros como sus padres lo habían sido, dejando sus casas apenas levantadas, y surcando nuevamente los mares, para llevar á cabo en las Indias hazañas increíbles, fundando en la boca del Río famoso de La Plata

poblaciones y fortalezas, atravesando el Río Grande de la Magdalena, haciendo surgir en sus orillas la Ciudad de Tenerife, llamando Santa Marta por la Villa gallega, solar y cuna de los Lugos, á una comarca entera, descubriendo el Nuevo Reino de Granada y las Provincias de Castilla del Oro, conquistando y poblando territorios inmensos hasta llegar á Santa Fé de Bogotá, sojuzgando el País de las Esmeraldas, y el de las Colinas luego, pero habiéndose de vender hasta las camisas del segundo Adelantado de Canarias para poder pagar á sus soldados; fundando después la Nueva-Córdoba, la Nueva-Sevilla, la Ciudad de los Reyes, ganando el tercer Adelantado para España tantas tierras como Hernán Cortés, y estableciendo pueblos cristianos aún en mayor número que el maravilloso extremeño. Nos parecía luego que en los años primeros de su modesta vida municipal seguíamos á cada paso á aquel Cabildo vagabundo y trashumante, como la misma Corte española todavía, errante de acá para allá, sin casa ni hogar ni paradero fijo, que tan pronto, por carecer de propia habitación, se reunía en las Iglesias ó en las Ermitas como en los domicilios particulares de sus Regidores; celoso, vigilante, solícito, verdaderamente paternal, cabeza de la Isla y de las Islas, tan sobrado de amor patrio como exhausto de medios materiales, más cuidadoso de administrar que de administrarse, tal como nos lo pintaba la pluma inimitable de nuestro Viera. Parecíanos haber presenciado las batallas incesantes que el Senado tinerfeño libraba á toda hora por sus franquicias é inmunidades, que eran la libertad y la autonomía Canarias, la pequeña República dentro de la Monar-

quía inmensa,—libertad fecunda, provechosa autonomía, República que no nos asusta;—y nos parecía haber visto mantenerlas y defenderlas magnánimo, sosteniendo el equilibrio necesario con su mano poderosa y hábil, al *tirano* de los demagogos actuales, al Monarca sombrío y sanguinario de los herejes de entonces y de ahora, al *Demonio del Mediodía* que inventaron en consorcio nefando el odio y la mentira. á nuestro Felipe II, siempre previsor y recto, siempre al lado de la razón y de la justicia, siempre enfrente de la arbitrariedad y del abuso, siempre encarnando y representando los verdaderos intereses públicos, siempre padre amoroso de sus vasallos y de sus pueblos, mereciendo siempre que alguno de vuestros modernos historiadores lo apellidara agudamente, para nuestro honor, *el Rey Canario*.

Nos parecía que estábamos todos, por milagroso acaso, en la provechosa familiaridad de vuestros antiguos Regidores, de vuestros Síndicos Personeros Generales y de vuestros Mensajeros en la Corte, que habíamos tratado íntimamente y aprendido el amor de la Patria de los labios autorizados de vuestras Navas, de vuestras Guerras, de vuestros Azocas, de vuestros Ocampos, de vuestros Lordelos y de vuestros Mesas, y que en esa grande escuela nos formábamos para su servicio, inflamados de la llama del patriotismo por sus consejos y sus ejemplos. Parecíanos haber estado presentes, y haber participado en primer término de la viva angustia de los momentos conturbados, por que pasaron las Islas todas en aquella hora crítica de la existencia nacional, en que, agonizante Carlos II, el

mundo en zozobra veía como se acababa con él la vida entera de la Dinastía gloriosa, madre de Carlos V y de Felipe II, y Dios sólo sabía á qué horribles despedamientos pudieran dar lugar la muerte acechada del pobre Rey, que todavía sustentaba entre sus manos débiles el cetro más poderoso del orbe cristiano; y nos parecía que éramos nosotros mismos los que, decididos y entusiastas, tomábamos parte en la contienda por el Borbón de Anjou, al cabo vencedor, sin que las amenazas ni los peligros nos torcieran, ni la suerte varia de las armas en la guerra de sucesión nos entibiase en nuestro fervor, ni disminuyese en lo más mínimo nuestros sacrificios. Nos parecía que formábamos parte, y éramos sus asiduos asistentes, de la famosísima tertulia, que con solo contar entre los suyos á Viera, merecería los aplausos de la posteridad, y que nos codeábamos en ella con el viejo Marqués de la Villa de San Andrés, de regocijada memoria, con el joven Vizconde de Buen-Paso su yerno, con el Marqués de Villanueva del Prado, con Don Fernando de Molina Quesada, con Don Lope-Antonio de la Guerra y Peña, con el conde del Valle de Salazar, con Don Juan Antonio de Franchi, y con tantos y tantos otros, representantes todos ellos, más ó menos imbuídos del virus filosófico de su siglo, más ó menos tocados del espíritu de la Enciclopedia y de la moda volteriana, de un grado superior y desusado de ilustración, que encarnó más genuina y principalmente en el Arcediano de Fuerteventura de claro renombre. Nos parecía que habíamos despedido hacia la Cruz de Piedra, con un vigoroso «hasta la vuelta», á Don Juan de Castro y sus Milicias Provinciales, camino de San-

ta Cruz á la defensa del Puerto contra Nelson, y que, volviendo él muerto, habíamos tributado á sus gloriosos restos el homenaje merecido por su valor y su heroísmo, en modo alguno inútiles, puesto que habían contribuido á la humillación del inglés, y mucho más cuando ese inglés había de ser luego el vencedor de Abukir y de Trafalgar. Nos parecía haber asistido con vuestros diputados á las Cortes famosas de Cádiz, á defender la Patria invadida y el Rey ausente de la ambición satánica del Emperador improvisado, y que habíamos intervenido en los trabajos, en las luchas y en las deliberaciones de esa magna Asamblea, culpable en realidad de no haber hecho todo lo que debió, dividida en la descomunal batalla, afrancesada enfrente del Francés, pero con todos sus errores y sus torpezas memorable, y en medio de sus pequeñeces grande; y nos parecía que gozábamos luego, con Don Cristóbal Bencomo, de la intimidad espiritual del Rey *Desecado*, y que manejábamos un poco, con el Arzobispo-Confesor, la difícil conciencia del último Monarca absoluto del grande Imperio de las Españas y de las Indias, dándoos al fin, su singular influjo sobre el ánimo regio, la Universidad que anhelaba vuestro amor de la cultura y la Sede Episcopal por que suspiraba vuestra acendrada religiosidad.

Y en otro orden de las ideas, nos parecía á los de entonces que era un grande amigo nuestro, y casi compañero de nuestra juventud, vuestro excelente Bachiller Antonio de Viana, y que sentíamos en alguna manera su propia inspiración, para hacer el *Poema* de nuestras Antigüedades, y cantar la *Conquista de Tenerife* y la *Aparición de la*

Santa Imagen de Candelaria; y hasta que le declamos, animándolo con el portentoso Lope, aquello tan sabido:

Por más que el viento entre las ondas graves

Montes levante y con las velas rife,

Vuela por alta mar, Isleño esquife,

A competencia de las grandes naves.....;

y nos parecía que nos habíamos deleitado los primeros con la lectura de sus dulces versos, y saboreado de sus propios labios, y antes que nadie, sus descripciones y relatos, llenos de amable y candorosa poesía:

Manaban leche las hermosas fuentes,

Las peñas miel süave, entapizadas

Con nativos panales, entre el musgo

Pajizo.....;

como habéis tornado á hacerlo ahora vosotros, cuando con tal acierto os ha resucitado á Viana, en su *Poema* y en su persona, ¡un clérigo había de ser! vuestro Rodríguez Mousse. A los de aquella época nos parecía como si hubiéramos ingresado en la compañía de Jesús con los dos Anchietas, y escrito con el primero poesías inspiradas, y obras históricas notables, y sermones elocuentísimos, y gramáticas excelentes, llenando á un tiempo de sus hechos y de sus virtudes un gran país, ganando para entonces y para luego el hermoso título de *Apóstol del Brasil*; como si hubiéramos hecho con el segundo, admiración de los de su tiempo en la cátedra y en el púlpito, el curioso y erudito tratado de las *Excelencias de las Islas Canarias*, donde se resumen por modo perfecto nuestros derechos, los derechos de nuestras Islas, á ser el Paraíso Terrenal,

los Campos Elíseos, las Afortunadas, el Jardín de las Hespérides, las Islas Bienaventuradas y Eternas, y el Atlante de la Poesía clásica nuestro Pico de Teide. Por fin, á nosotros nos parecía, y á mí sobre todo me parecía muy especialmente, que había conocido y tratado de siempre, con recíproca y cariñosa confianza, al Licenciado, más ó menos, Don Juan Núñez de la Peña, el buen Cronista de los Reinos de Castilla y de León, y que á él debía como la primera iniciación en nuestros caros estudios histórico-genealógicos, á que había de consagrar después, tan á mi gusto, la vida entera: no al *genealogista farragoso*, como lo llamó con poca caridad y no completa justicia Menéndez y Pelayo, sino al amante de las antigüedades canarias, al historiador de sus principales familias, de sus hechos y de sus hombres, al narrador fiel de la vida municipal de esta Ciudad de La Laguna, que es casi decir la vida toda, política, social, literaria, militar, económica, y hasta religiosa, de todo el Archipiélago, de que fufsteis tanto tiempo la noble y natural cabeza.

Formados todos en este medio, crecidos en esta atmósfera, caldeados en estos hornos, empezamos nuestro camino, que esto era ser entonces *estudiante en La Laguna*: vivir á todas horas la vida del pasado, estar en lo que había sido casi tanto como en lo que era, saturarnos de nuestra historia en todos los momentos, respirar á pleno pulmón el aire sano y puro del patriotismo, que, sin el exacto conocimiento de lo pasado, será casi siempre un sentimiento embrionario, confuso é incompleto. Esto aprendíamos, al mismo tiempo que recibíamos otras enseñanzas de unos

hombres probos y buenos, que se llamaban Trujillo, Vargas, Fernández-Britto, Febles, Béthencourt, Rodríguez de la Sierra, Alvarez y Pinto, cuyos nombres respetados no quiere mi gratitud olvidar ni omitir en este discurso.

No sé si, á trueque de cansaros en demasía, me he extasiado y detenido con exceso en esta evocación de los viejos tiempos pretéritos, siempre sobrada de regalados encantos y rica en singulares atractivos para las personas de *cierta edad*; y ya veis que me valgo del corriente delicado eufemismo, para no tener necesidad de haceros aquí pública é inoportuna declaración de mis años, y no ciertamente por mí, á quien las canas que peino no consentirían el menor disimulo, sino por que aún hay, por acá y por allá, algún rezagado de mi época, y hasta de las anteriores, y, sobre todo, porque existen aún—y vivan largos y felices años—contemporáneas mías, beldades admiradas de aquel tiempo, que con razón me tildarían de grosero y nada galante, al verme incurrir en semejantes imperdonables indiscreciones. Para muchos años va—sin que haya porqué precisarlos—que hube de abandonar la común tierra, en la que hiciera, aquí y en Santa Cruz, mis primeras armas, componiendo los primeros malos versos y pronunciando los primeros pobres discursos, enfrente, entonces como luego y como ahora, de la revolución amenazante, y no, gracias á Dios, con mayor decisión, ni con mayores energías y entusiasmos que ahora mismo. No había cumplido cuando os dejé los *malditos* 30 años, la edad *funesta de los desenga-*

ños *amargos* para nuestro gran poeta romántico, que os he de declarar, con la sinceridad que acostumbro, que no me parecieron malditos, ni tuve por *amargos* ni por *funestos*, antes al contrario se me figuró, y sigue pareciéndome, por mil conceptos cifra seductora, cuya perpetuidad, á ser posible, constituyera el ideal de cuantos soñaran en parar con oportunidad el curso inexorable del tiempo.

Muchas veces desde entonces me he creído aplicables, en cierta manera se entiende, aquellos conocidos versos de la musa española, simpática y discreta de los hermanos Quintero:

*Todo el que hable mal de España
un castigo ha de tener:
que se vaya á tierra extraña
y que no pueda volver.*

¡Yo no podía volver! Las circunstancias, dueñas y señoras del hombre, mucho más que su propia voluntad, no me dejaban volver. Y no es que yo llame—Dios me libre—tierra extraña para nosotros los canarios á aquel Madrid simpático y generoso, franco y hospitalario, cariñoso y amable, abierto de par en par para todos los españoles, padre de todos, que á cuantos lo habitan declara con campechana facilidad sus hijos: líbreme el cielo de vileza semejante, que yo quiero á Madrid como merece, y lo confundo con mis Islas en el corazón; porque él nos da á todos, ven-gamos de donde viniéremos, carta franca de naturaleza y ciudadanía, consintiéndonos á los de todas partes que seamos todo, nos reconoce pronto por auténticos madrileños, sea el que sea el rincón lejano de donde hayamos acu-

dido allí. Pero yo no podía volver: las letras de que me enamoré de niño entre vosotros, las letras de que me considero dichoso y sumiso esclavo, y que tienen en Madrid su campo natural, en sus Academias, en sus Bibliotecas, en sus Archivos, las letras absorbentes, para cuyo servicio es corto todo nuestro tiempo, me retenían allá, no ciertamente en tierra extraña, pero sí lejos de la sombra del Teide, donde no llegan las brisas del Atlántico, ni se oye susurrar las puras auras sacudiendo vuestros árboles seculares, ni deslizarse las aguas pedregosas á través de vuestros barrancos, ni se pisa sobre la menuda lava de vuestros recónditos volcanes.

Yo no sabía, además, si estábais descontentos de mí, si en algo me estimábais todavía, si me queríais algo aún. Porque—dejadme hacer confesión pública y solemne de mis pecados si lo fueron, aquí en este lugar, pronto sagrado, y delante de todos vosotros—: yo fui vuestro Diputado, y no me jacto de mis aciertos como tal: fui vuestro Senador, y no pasé de serlo mediocre. Esto que se llama entre nosotros la política no me seducía á la verdad: sus pedestres exigencias fijaban poco mi atención distraída: sus intrigas menudas no correspondían á las ideas que abrigaba y abrigo: sus gritos estridentes y su discordante vocerío llegaban apenas hasta mí, encerrado en mi casa entre mis libretos y mis papeles: el Parlamento cual se estila no me inspiraba la menor devoción. Me había entusiasmado sobre toda ponderación la política, cuando era batallar por una grande raza proscrita, trabajar por un Príncipe niño lanzado injustamente de la Patria, restaurar una Realeza por desgracia

de todos caida, rehacer un Trono secular hecho pedazos torpemente, defender de las hordas revolucionarias amenazadoras nuestra Religión y á España misma, luchar como buenos por los grandes principios y los supremos ideales. Pero lo que vino después no me agradó enteramente, y entretanto, yo me dejaba querer de las letras sin acertar á daros gusto. La culpa no era mía solamente, sino de los que me habían elegido, creyéndome sin duda diferente de lo que soy. Este dulce comercio era mi campo: el otro no.

Había, pues, entre nosotros desde entonces algo que, sin saber bien como explicárnoslo, nos tenía separados y á distancia, en el espíritu y en la materia: nuestras relaciones ¿porqué ocultarlo? eran frías, ceremoniosas y como de cumplido. Pero esta nube se ha deshecho de improviso, esta especie de mala inteligencia ha desaparecido totalmente, cuando menos podíamos esperarlo, en el momento mismo en que, con gesto imperioso, me habíais dicho que venga, y que venga para ésto, que contábais conmigo para que tomara alguna parte en esta fiesta extraordinaria, en este día solemnísimo para vuestra Ciudad y vuestra Isla: no para ocuparnos juntos en la cosa política que divide y ahonda, sino en algo que toca á la Religión y á la Patria que acercan y estrechan. Cuando me habéis llamado para esta gran solemnidad del espíritu, he acudido presuroso y ufano: compromisos anteriores, trabajos inaplazables, propósitos de lejano é interesante veraneo, vivos requerimientos de íntimos entrañables afectos, todo lo he dejado sin vacilar, de todo he prescindido gustosísimo, para responder á vues-

tro llamamiento cariñoso, diciéndoos simplemente: héme aquí.

Claro está que, después de lo mucho que os he hablado ya,—y aún parece que estuviera casi en el exordio, sin tener la menor compasión de vosotros, con refinada crueldad que no hubiérais sospechado de mí—, no voy á hacer os un discurso—estad tranquilos—porque el tiempo escaso no lo consentiría de una parte, y porqué ¿quién piensa en hacer discursos en momentos como son los actuales para nosotros? ¿Dónde habéis visto que los amigos entrañables, se parados largos años, se dirijan discursos cuando se encuentran y se abrazan nuevamente? ¿Que se cambien discursos entre los miembros de una misma familia, cuando vuelven á verse después de prolongada separación? Se charla, se pregunta, se relata, se comenta, hasta se calla por lo mucho que se siente; pero no se hacen discursos. Lo que yo quisiera en estas cuartillas es lisa y llanamente volcar el alma entera delante de vosotros: abrir ahora de par en par mi corazón en vuestra presencia: charlar, con el descuido de la intimidad, de lo que se me ocurra, de lo que surja, de lo que salga. Quédense para otras ocasiones los discursos, que no son para ésta.

Sí: ya os he dicho que muchos años ha hice aquí mis primeras armas en los combates del espíritu: aquí y en la vecina Santa Cruz. Consentidme algún recuerdo de aquellas nobles lides: busco ahora á aquellos hombres, enfrente de los que, ó á cuyo lado, me batí casi niño, paladín tan decidido como inexperto de los grandes ideales que represen-

tan la Religión y la Patria, ardiente enamorado de la Historia en los años más tiernos, como lo soy sin desmayos todavía en la última parte del camino, que es la que ya recorro. Muchos de aquellos combatientes cayeron, de la izquierda ó de la derecha: Alonso del Castillo, Villalba Hervás, Pulido, Gil Roldán, Elías Zerolo, Izquierdo y Azcárate, ¡qué sé yo cuantos más!; amigos todos aún los adversarios, porque las luchas eran leales, y se sostenían cuerpo á cuerpo, no por pasión mezquina ni por intereses bastardos, sino abrazado cada uno á los grandes principios que dividían y dividirán eternamente las sociedades. De toda aquella generación batalladora y fuerte, formada, puede decirse, al rescoldo de un incendio que había devorado un Trono ¿qué es lo que queda? Queda allá en Santa Cruz un viejo periodista y gran patriota, refugiado en su popularísimo *Diario de Tenerife*, heraldo de vuestra Isla por el mundo, alejado de la lucha candente, aunque acaso en el fondo incorregible y contumaz en sus furores inofensivos y platónicos. Queda aquí un gran poeta, el cantor inspirado de vuestras tradiciones canarias, á quien abrieron las puertas del Parnaso Campoamor y Núñez de Arce, que es además, *rara avis*, uno de los pocos poetas capaces de ser Alcaldes. Queda aquí el historiador ilustre de vuestro honrado *Regionalismo*, el primer investigador moderno de vuestras interesantes antigüedades, el buen español que preside dignamente vuestro Ateneo, sucesor hoy de aquella Sociedad Instructiva, que no alcanzo á separar de la memoria. Queda apenas alguno que otro felizmente: los demás que estáis aquí esta noche sois en la mayor parte los hijos de los

jóvenes de aquel momento histórico, los nietos de los viejos de entonces, los encargados de continuar como es debido la vida tinerfeña, la historia del país canario, las claras tradiciones que tan á la ligera he tratado de recordaros.

Ay! estos tiempos porque pasamos son de lucha y de pelea también: vencimos en la contienda aquella de hace casi 40 años, sacando á salvo los ideales salvadores porque luchábamos sin descanso ni tregua; pero hoy no nos es dado entregarnos á reposar, descuidados y perezosos, sobre los ya secos y envejecidos laureles, que el audaz enemigo no reposa él tampoco, y por culpa de todos, más por el dormir de los de adentro que por el empujar de los de afuera, la vieja fortaleza que nos cobija y nos ampara está en riesgo constante, y el batallar no cesa, y es de todos los momentos la refriega, sin tregua y sin descanso como entonces. Quien os diga que podéis daros al sueño los nobles guardianes del depósito secular, se engaña ú os engaña: quien os afirme que podéis arrojar las armas, tirar el casco y desceñiros la coraza, y vivir indolentes y divertidos, á fe mfa que no os quiere bien, ni se cura de vuestra seguridad, ni se preocupa de vuestra honra. Hay que decir ahora más que nunca lo que el popular poeta del siglo XIX:

No arrojará cobarde el limpio acero,

Mientras oiga el clarín de la pelea,

Soldado que su honor conserve entero.

Ni del piloto el ánimo flaquea,

Porque rayos alumbren su camino

Y el golfo inmenso iluminarse vea.

Sí: hay que luchar, y que estar siempre preparados, y

dispuestos, y abroquelados para la lucha, si no hemos de ser vencidos, y deshechos, y atropellados en ella:

¡Siempre luchar! del hombre es el destino,

Y al que impávido lucha con fé ardiente

Le da la gloria su laurel divino.

Yo recuerdo haber leído en alguna parte que fué Ma-lebranche el que decía á los de su tiempo, excitándolos y preparándolos para la batalla: «Sed hombres, sed cristia-nos, sed franceses». Entiendo que nuestra fórmula puede y debe ser mucho más breve, porque nosotros disponemos de una sola palabra que lo dice todo: «Sed españoles». Oh! si todos los españoles fueran españoles! Cómo muchas de las cosas que ocurren no ocurrirían! Cómo muchas de las desdichas que lamentamos no pesarían sobre España! Y cuántas de las que tememos no despertarían poco ni mucho las justísimas preocupaciones de nuestro patriotismo alar-mado, siempre receloso y siempre inquieto! Sed españoles, pero absolutamente, genuinamente, total y decididamente españoles, españoles á la vieja, buena y castiza usanza, co-mo tuvieron la fortuna de serlo todos aquellos cuyos nom-bres han salido ahora al paso de mi pluma, como fueron cuantos acometieron y realizaron las empresas todas que han hecho inmortal nuestro nombre en los fastos más seña-lados de la civilización universal: ¡sed españoles!

Alguien os dirá que no tenéis porqué serlo: que vos-otros sois los descendientes de los primitivos guanches con-quistados, y que la sangre de las víctimas de la conquista, circulando por nuestras venas, clama á grandes voces den-tro de nosotros odio y exterminio contra el tiránico inva-

sor. Contestad á los que eso os digan que mienten, á sabiendas ó nó, ó, por lo menos, que hablan de lo que ignoran y argumentan con lo que no saben. Decidles que vosotros sois los nietos de los grandes soldados españoles que vinieron con Don Alonso de Lugo á la conquista de Tenerife y que ganaron la Isla al precio de su propia sangre; ó si esto no, los nietos de los hidalgos que de acá y de allá vinieron á su población, atraídos por la fama de la nueva tierra española, en todo el mundo proclamada, de sus raros productos, de su dulce clima, de su cielo sin sombras, de su situación incomparable y única. Decidles que vosotros sois los representantes de los bizarros capitanes que escribieron con sus espadas sus nombres venerados en las primeras hojas de nuestra incipiente historia, ó de los soldados modestos, no por anónimos menos héroes, que los ayudaron en su tarea; cuyos apellidos tenéis á grande honor llevar, cuyas tierras poseéis, cuyas casas habitáis, sobre cuyos sepulcros os arrodilláis para rezar. Decidles que la sangre ardiente y generosa que corre en vuestras venas es la misma de los que vencieron en Tenerife, aunque á veces mezclada por el amor con la de la raza primitiva y deshecha, y que por cada gota de ésta circula á raudales la española: que vosotros sabéis bien que las hijas de los Menceyes, bautizadas á nuestra Fe, fueron las cariñosas compañeras de los mismos que les habían ganado la tierra, y que fué, no el odio que os predicán, no el rencor que os inculcan, no la desconfianza y los recelos á que os incitan, sino el amor, el amor solo, el amor eternamente invencible, avasallador é igualitario,

Amor, más poderoso que la muerte,
el que acabó por hacer una sola de las dos razas un momento rivales, prevaleciendo, naturalmente, la gran raza conquistadora, que es la nuestra. Decidles que esas cosas fueron buenas para inventadas por el americano rebelde, que, para disculparse consigo mismo de combatir como lo hizo contra la vieja madre lejana y casi inerte, prefería declararse nieto del indio salvaje, del de la piel bronceada ó roja, á descendiente de los aventureros sobre-humanos—mil veces más *superhombres* que los creados por la filosofía alemana—, compañeros, en aquellas empresas que nadie igualara, de los Cortés y de los Pizarros, de los Lugos mismos nuestros Adelantados; y que no hay por qué aplicaros á vosotros lo que á aquellos predijo en sus versos famosos, proféticos verdaderamente—que también profetizan los poetas—, el numen vengador, siempre castizo y viril, del Duque de Frías:

*Que ya del indio esclavos ó señores,
españoles seréis, no americanos!*

Decidles que vosotros conocéis de sobra vuestro clarísimo indiscutible abolengo—tal como os lo habían revelado la Genealogía y la Historia, y después os lo ha confirmado la Ciencia, representada por los Berthelot, los Quatrefages, los Torres Campos y los Osunas—y sabéis bien los deberes que él os impone, y las obligaciones que él os traza, para dejar jamás de ser lo que sois: españoles!

Alguien os dirá de fijo que estáis muy mal gobernados, y administrados pésimamente, porque los españoles de ahora no se gobiernan bien, ni se administran con acierto; y

que si el Emperador Guillermo hace ésto, y que si el Rey Jorge hace aquello, y que si los ingleses son de esta manera, y que si los alemanes son de la otra, y que si los plátanos acá, y que si los tomates allá, y que si las patatas, y que si las cebollas, y que si el café, y que si el azucar, llamando en apoyo desesperado de sus groseros sofismas el socorro poderoso de los intereses materiales, ciertamente para tenidos muy en cuenta, aunque no solo de pan vivan los hombres. Vosotros, en vuestro honrado patriotismo, podéis contestarles, aunque la frase sea vulgar y desdiga de este sitio y de esta ocasión, que se cuecen habas en todas partes, y que, reconociendo aunque nos pese que no son generalmente nuestros gobiernos españoles ningún modelo, ni nuestra administración española el ideal, no serán al cabo los unos ni la otra tan rematadamente malos, que no hayais podido en 30 años realizar la maravillosa transformación que por mis ojos veo y que me asombra, alcanzar el inconcebible progreso que sólo la prolongada ausencia hace apreciar debidamente, y que—á la vista de los ciegos está—habéis alcanzado vosotros, españoles y todo, reinando nuestros Reyes Alfonsos, XII y XIII, ó rigiendo la Monarquía, por la muerte del primero y la minoridad del segundo, la admirable Señora que es honor de la Majestad y de España para toda la Europa culta. Decidles que vosotros, claro es, aspirando noblemente, como todo el que tiene la conciencia de lo que significa y de lo que merece, á ser bien gobernados y administrados rectamente, preferís con mucho que os administren y os gobiernen los vuestros y los de vuestra raza, sangre de vuestra sangre y carne de vuest-

tra carne, aunque pudieran hacerlo los extraños un poco mejor, si es que lo hicieran, pues tampoco ignoráis que en la severa y púdica Inglaterra, es en donde dos Ministros de su Graciosa Majestad, se han confesado públicamente de haber realizado *negocios*, sin toda la exquisita *delicadeza*, sin toda la refinada *prudencia*, sin todo el escrupuloso cuidado que sus altos cargos les imponían: palinodia vergonzante, á través de cuya transparencia se lee claramente que no es oro todo lo que reluce, y que el abuso, y el desbarajuste, y la codicia, y el afán del lucro, y la pasión de las riquezas, no son españoles ni anglo-sajones, ni eslavos ni tudescos, ni europeos ni americanos, sino de todos los paises y de todas las latitudes.

Alguien os dirá de seguro, plagiando al gran ministro inglés cuyos labios procaces selló ha poco la muerte, que España es una nación moribunda, y que no hay porqué identificarse con sus destinos, ni abrazarse desatentados y suicidas á su decadencia. Oh! ésto de la decadencia y de la grandeza de los pueblos, que fácil motivo para vulgarísimas cantinelas de los que no ahondan en el estudio y las enseñanzas de la Historia, y aceptan sin pararse la eternidad de lo que es más deleznable y más effmero! ¿Para qué recurrir á los ejemplos y las memorias de los tiempos remotos y de los pueblos antiguos, que mostraba Bossuet á su egregio educando? En estos días nuestros, ó casi nuestros, ¿quién pudo imaginarse á Waterloo á tan corta distancia de Jena y de Austerlitz? ¿Quién pudo sospechar que el improvisado César, Rey de todos los Reyes de Europa, acabaría tan pronto en el desamparado cautivo de la roca

de Santa Elena? ¿Quién, deshechas la Alemania y la Prusia bajo los tacones de Bonaparte, pudo soñar en un Rey prusiano, coronado en Versalles Emperador Alemán? Y después de los mágicos esplendores, que han deslumbrado de niños nuestros propios ojos, del segundo Imperio Francés ¿quién pudo imaginarse á Sedan? Ahora mismo, cuando la vemos enternecidos, pasar como una sombra por el mundo, arrastrando su venerable senectud, su duelo eterno, su *solitud espantosa*, más que la del personaje de Ayala; cuando la vemos, luciendo aún las perfectas líneas del rostro peregrino, que la elevó hasta el Trono, envuelta en negras tocas, apoyada en su caña, paseando distraida, más en otro mundo que en éste, por lo que fuera su Palacio, sin Corona, sin patria, sin súbditos, sin marido y sin hijo, noble fantasma del dolor presente y de la grandeza pasada ¿cómo adivinar á aquella Emperatriz Eugenia, que reinaba sobre Europa desde Paris y las Tullerías, á la Soberana festejada de las fiestas maravillosas del Canal de Suez, dignas de las *Mil y una noches*, á la que, en su palco de la Ópera, rodeaban Reyes y Emperadores, galantes y rendidos como inferiores á sus pies? Todo son altas y bajas en la vida y en la Historia, antes como ahora y como mañana. Solo El que está Arriba sabe á quien le toca en cada momento subir ó bajar. Aparte de que, en Dios y en mi ánimo, que nadie cambia de madre porque la madre cambie de fortuna, si no es un ser sin sentimientos y sin corazón: antes al contrario, cuando la madre aparezca pobre y caída, cuando la persiga la desgracia y los hados volubles le vuelvan sañudos las espaldas, el hijo bueno redobla sus caricias, y aumenta sus

afectos y sus consuelos, y no la abandona un instante, y encuentra que es poco todo su amor para quererla, y toda su ternura para sostenerla y animarla, y todo su cariño para endulzarle las amarguras. No se mudan las gentes de madre como se mudan de camisa, ni estas cosas se conciben fuera de la región de lo monstruoso, contra toda naturaleza, contra toda honradez, contra toda dignidad, contra toda ley humana y divina. Ya lo dijo breve y elocuentemente el latino: no amo á mi patria por grande ni por hermosa, sino porque es mi patria.

Alguien os dirá que España es una nación atrasada, confundiendo miserablemente á España toda con la política española, que es la que en realidad marcha á las veces con lentitud desesperante—una parte de la política por lo menos—pidiendo al Extranjero inspiraciones y adelantos, que, sin necesidad de grotescas traducciones, ni de adaptaciones inaceptables, tuvimos siempre, *cuando Dios quería*, dentro de casa. Decidles que España marcha á buen paso por el camino del honrado progreso—aún sin que la política la ayude poco ni mucho, y hasta contrariándola si queréis—: que el comercio crece, la cultura avanza, la industria se extiende, la riqueza aumenta, la población se duplica; que en el campo del Arte no hacemos tampoco mal papel, aún tratándose de los que luchan denodados con el recuerdo abrumador de Velázquez y de Murillo, de Zurbarán y de Ribera, y que, en el vastísimo de las letras humanas, es de ahora que acabamos de escribir el nombre esclarecido de Menéndez y Pelayo en el libro voluminoso de nuestros fastos inmortales.

Alguien os dirá—porque la ingratitud es cosa fácil, ligera y hasta elocuente á lo mejor—que vuestras Islas nada deben á España, ni tienen porqué guardar constantes á la Metrópoli la fidelidad observada en más de 400 años de unión estrecha y de completa identificación; como si no fuera la mayor y la más sagrada de las deudas que pueda reconocer un pueblo la del Cristianismo á que ella las trajo, la de su propia civilización en que las recogió, hasta la del idioma, noble y varonil, fuerte y armonioso á la par, que les enseñara y transmitiera. España no tiene la culpa de lo que puedan dejar de hacer sus malos gobernantes, de que ella sufre la primera y más intensamente que nadie, en sus diversos miembros desparramados, empezando por la tierra madre de Castilla, que á todos nos diera el limpio origen, el alma recia, y hasta el nombre y hasta la lengua, y que debe ser para todos fanal y espejo. Gracias á España hubo de entrar esta región casi mitológica, sin más Dios que la Naturaleza, en los brazos amantes de la Iglesia, y se puso toda ella al amparo salvador de la Cruz, y adoró á Cristo, y conoció feliz al Padre Nuestro que está en los Cielos. Y porque España la llamó á formar parte de su civilización propia, cuando ella era más grande y más temida, y esa civilización suya la primera, fué por lo que sus escritores—los escritores canarios,—pudieron inscribir sus nombres donde se leen los de Lope de Vega, Quevedo y Calderón de la Barca; y sus historiadores incribieron los suyos con los del Padre Mariana, Hurtado de Mendoza y Solís; y sus guerreros los suyos en el mismo libro que los del *Gran Capitán* y Antonio de Leiva, D. Juan de Austria,

el Duque de Alba y D. Alvaro de Bazán; y sus Beatos y sus misioneros los suyos, por debajo de los que registran los de San Ignacio, y San Juan de la Cruz, y San Pedro de Alcántara, y de los dos Franciscos de Borja y de Xavier. Y porque España les enseñó el habla magestuosa y rica que resonaba ya sobre toda la haz del planeta, hablamos nosotros y escribimos en la propia lengua que escribió Cervantes, y nuestros frailes canarios se valieron de la que sirvió á los dos Luises, el de Granada y el de León, y nuestros poetas canarios bordaron sus estrofas al estilo de Jorge Manrique, de Herrera y de Garci Lasso, y rezan hoy vuestras madres, vuestras mujeres y vuestras hijas en el mismo lenguaje con que se comunicó con Dios Santa Teresa de Jesús. Todos, los de allá y los de acá, formamos nada más que una sola entrañable y amantísima familia: tenemos todos, isleños y peninsulares, españoles al cabo, las mismas virtudes y los mismos defectos; y, si alguna vez nos asiste á los de acá motivo de queja, más ó menos fundado, entre unos y otros lo ventilamos y dirimimos, como acostumbra las familias dignas de este nombre, sin que tengan que intervenir para nada en estos asuntos los de afuera, bien enterados como estamos de que según la frase conocida, en su vulgaridad elocuentísima irremplazable, la ropa sucia no ha de lavarse sino en casa.

Os dirán estas y otras cosas, igualmente inspiradas en ideas que toda conciencia recta rechaza, y que la criminal indiferencia del momento permite que se enuncien sin que las ahogue la indignación general, pero que se estrellarán ciertamente, por mucho que las disfrace y las transforme

la astucia de vuestros enemigos, en la roca de granito de vuestro acendrado españolismo, heredado por vosotros de los que rechazaron á Nelson, y más resistente esa roca que estas otras en que se asientan firmes nuestras islas. Nosotros somos todos, gracias á Dios, hijos amantísimos de nuestra patria grande, por lo mismo que de tal manera queremos á nuestra patria chica: nosotros, los canarios, podemos todos parodiar las frases acertadas y expresivas del gran Felibre, diciendo cada uno: *Yo amo á mi aldea más que á tu aldea, á mi Ciudad más que á tu Ciudad, á mi Isla más que á tu Isla, á España más que á todo.* Nosotros no tenemos, por suerte nuestra, el alma tan pequeña que no nos quepan dentro de ella dos pasiones de tamaño vuelo: en nuestros corazones caben holgadamente, perfectamente, amplia y cómodamente, por grandes que ellos sean, dos amores. Estoy por decir que al que no le quepa en el alma más de un amor, es que no le cabe ninguno; que el que no sea capaz de sentir á las dos Patrias, es que no es capaz de sentir á ninguna de ellas. Somos al mismo tiempo, conjuntamente, indistintamente, inseparablemente, canarios y españoles: lo de canario es como nuestro honroso patronímico: lo de español es como nuestro preclarísimo apellido. Yo de mí sé decir que por allá, pasadas las columnas de Hércules, en cada ocasión que se me ofrece de sentir intensamente la Patria grande, cuando es mayor mi orgullo de ser español, me acuerdo más de mis Islas Canarias; y cuando atravieso la frontera, y estoy lejos de España, me siento en realidad más español y más canario. Esta noble calidad de español, que constituye por sí sola una preciada y singular eje-

cutoria, á pesar de las calumnias de propios y de extraños, á pesar de los odios seculares y de los rencores, nunca enteramente dormidos, que aquellos á quien antes dominamos—y dominamos casi el mundo—nos profesaron y nos profesan; esta alta calidad de español, que todavía significa, en la verdadera Europa *conscientè*, no en la inventada por la demagogía internacional, ser católico, ser caballero, ser monárquico, ser hidalgo, ser generoso, ser leal; esta condición de español se confunde absolutamente en mi conciencia con la de ser canario: porque soy canario soy español. No es que quepan juntos los dos amores en mi alma; es que se confunden y se mezclan hasta el punto de ser uno solo dentro de ella.

España es lo que es: las llanuras interminables de Castilla y los montes abruptos de las Asturias y de León: el noble Principado catalán y los gloriosos Reinos valenciano y aragonés: los huertos y los olivares de las Andalucías y las rías y florestas de Galicia; las planicies de la Extremadura y los fieros picachos vascongados; la tierra austera de Navarra y las costas levantinas con sus flores y sus palmeras, las Islas pintorescas del Mar Latino y estas incomparables del Atlántico, «prolongación de Europa, centinelas del Africa, antesala de América». España es Madrid con su Corte, la Corte del Rey valiente, inteligente y bien intencionado, y de la Reina hermosa, sencilla y buena, de las Princesas piadosísimas y de los caballerosos Infantes: es Barcelona con sus fábricas y sus industrias: Toledo, León y Burgos con sus catedrales maravillosas; Sevilla con su Betis, y su Alcázar, y su Giralda; Oviedo con su Cámara Santa; Santia-

go con el *Pórtico de la Gloria*; Córdoba con su Mezquita insigne; Salamanca con su vieja Universidad, con sus dos Catedrales y sus señoriales Palacios; Cádiz con su Real Isla de León; Santander con su clásica Montaña; Murcia y Alicante con sus huertas encantadas; Tarragona con sus murallas; Segovia con su acueducto; Soria y Valencia con sus sagradas ruinas de Numancia y de Sagunto; Badajoz con las suyas Emeritenses; Zaragoza y Gerona con la memoria de sus sitios; Avila de los Caballeros, llena de los recuerdos de la *Monja andariega*; la Mancha, en que aún parecen proyectarse las sombras simpáticas del *Ingenioso Hidalgo* y su escudero. España es Covadonga, Roncesvalles, Compostela, el Pilar, Oña, San Juan de la Peña, San Salvador de Leire, Santa María de Nájera, las Huelgas, Guadalupe, Monserrat, San Juan de los Reyes, la Rábida, Loyola, San Lorenzo de El-Escorial: ¡qué se yó! España es todo esto, sin quitarle un pedazo de tierra, ni un montículo, ni un riachuelo, ni una torre, ni una piedra, ni la última aldea, ni el lugarejo más escondido é insignificante: la España de la Historia y de la Leyenda, la España que nos dió pleno derecho, cuando cosió nuestras Islas á su manto de Reina, cobijándonos en su regazo maternal, bautizándonos—á nosotros y á todos, con su nombre afamado—séamos, en nuestro propio reducido solar, andaluces ó catalanes, castellanos ó gallegos, aragoneses ó vascos, extremeños, ó valencianos, ó navarros, del país Balear ó del Canario, á participar de sus hechos, á pelear por sus ideales, á tomar parte en sus hazañas y en sus empresas inverosímiles, á ceñirnos altivos sus laureles, á llamarnos los primeros soldados

de la Cristiandad, los descubridores y fundadores de un mundo nuevo, á tomar alguna parte en la obra gigantesca, por ningún otro pueblo imaginada, que ella alcanzara á realizar en los altares sacrosantos de la Civilización y de la Humanidad.

Señores: alguna vez es menester que yo termine, si no he de abusar hasta lo infinito de vuestra inagotable paciencia, si no habéis de renegar de la idea que concebisteis, de llamarme para que os hablara en esta velada. Pero tenéis que haceros cargo, en mi disculpa, de que no había de venir de tan lejos, y después de tanto tiempo, para deciros de prisa y corriendo cuatro palabras, aunque os dejara con ellas mejor y más agradable recuerdo. Yo no encuentro fácilmente modo de concluir, porque este momento, que quiero prolongar á vuestra costa, es de los que no vuelven: es la mitad primera de mi vida que surge de repente, es mi juventud que se me presenta de improviso y por arte de encantamiento; es un mundo de dulcísimos recuerdos que me rodea; es como el alegre despertar de un prolongado sueño, en el país donde se abrió mi inteligencia al placer soberano del espíritu, donde comenzaron estos mis amores con las letras, que durarán lo que mi vida, con las letras que jamás engañan á los que de veras se les consagran y son—ellas, y no la política—sus compañeras fieles, las de comercio más seguro y de humor menos desigual, como escribió no recuerdo donde no sé quien. Si yo soltara la rienda á mi deseo, me figuro que no había de aca-

bar nunca: tal es el que siento de comunicarme con vosotros, de desquitarme en lo posible del silencio pasado, de rescatar en cierta manera el tiempo perdido, de hablaros sin parar de la Patria que tanto amamos todos. Oh! si la política no fuera también lucha, y lucha encarnizada, sino con un alto sentimiento de amor apasionado á nuestras peñas, y de interés supremo y absoluto por ellas, que á todos os uniera y nos uniera estrechamente! ¿No será posible que alguna vez se comprenda por el mayor número la inanidad de todas esas cosas, su pequeñez infinita, permitaseme la expresión, lo poco que esa horrible brega representa para la vida y el progreso de los pueblos que amamos?

Entretanto vosotros, en esta Ciudad de San Cristóbal de La Laguna, os acercáis en lo posible á ese estado perfecto, que, cuando cumplidamente se realice, habrá resuelto noble, y honrada, y pacíficamente lo que tantos quisieron solucionar por el engaño, la imposición y la violencia. Tenéis muchas cosas que os envidiarían otros pueblos más poderosos, y la primera de ellas un Ayuntamiento modelo, á cuya iniciativa debo la inefable satisfacción de estos momentos, por lo que no quiero dejar de expresarle aquí toda mi gratitud; Ayuntamiento que para sí quisiera, ó, por lo menos, algo que se le parezca aunque de lejos, nuestro caro Madrid, magüer que Capital de la Monarquía y Corte y residencia de la Católica Majestad. Tenéis un Alcalde excelente, continuador de otros que no lo fueron menos, y cuyos nombres están en todos los labios; un Alcalde excelente, que también hace versos á ratos, y buenos y fáciles y sentidísimos versos, lo que no le estorba para administraros

como Dios manda. Tenéis un centro de cultura tan importante como vuestro Instituto General y Técnico, que, con plausible acierto dirigido, mantiene las tradiciones universitarias é intelectuales de esta Ciudad ilustre. Tenéis patricios entusiastas de vuestro constante adelanto, dignos sucesores de vuestros Regidores perpétuos; y una juventud no menos dispuesta á seguir sus pisadas y á continuar sin pararse su obra. Tenéis poetas en los tiempos menguados en que la dulce Poesía, como la Elocuencia magestuosa, es mofa del vulgo miserable y soez, indigno de una y otra; tenéis poetas como los que hemos oído embelesados esta noche, que hablen á vuestras almas y regalen vuestros oídos con la cadencia de sus cantos, más armoniosos que el mismo gorgear de vuestros pájaros, en todo el Orbe celebrados. Tenéis un virtuosísimo y generosísimo Prelado, cuya gloria se perpetúa en este Templo insigne, santo coronamiento de su larga vida sacerdotal, y un cuerpo Capítular ejemplarísimo que lo ayuda celoso á conservar incólumes vuestras grandes tradiciones religiosas, y á que se realice en su tiempo el sueño de Viera y Clavijo, cuando, hablando de vuestras dos Parroquias, escribió que: *Ambas Iglesias son magestuosas, especialmente la de los Remedios, que pudiera ser hermosa Catedral en qualquiera parte.* Ya la tenéis, vuestra Catedral hermosa, donde celebramos este grandioso acto con motivo de las Fiestas Constantinianas, el gran templo á que todos habéis en más ó en menos contribuido, Obispo y Canónigos, Clérigos y seglares, grandes y chicos, ricos y pobres, el pueblo fiel entero, demostrando bien que sois cristianos, sin que

ningún filósofo tuviera que recordároslo, como á los franceses Malebranche. Sois, en suma, algo así como una verdadera Arcadia, la Arcadia venturosa, cuyas dichas os aumente pródigo el Cielo vuestro amigo, como yo de todo corazón se lo imploro: *l'Isole felici*, según os cantara el estro prodigioso del Tasso, cuando puso en vuestro suelo privilegiado los Jardines de Armida; *á cui tanto stimava i Cielì amici*.

Pronto os abandonaré de nuevo, con harta pena mía: Madrid y mis trabajos me reclaman, y allá me vuelvo entre mis libros, mis pergaminos y mis papeles. Esté donde estuviere, seré siempre el canario entusiasta que hoy ha como resucitado ante vosotros, sin que vuestro recuerdo amable y el de este día sin parecido hayan de abandonarme jamás. Y cuantas veces pasare aún la frontera, porque me lleven fuera de España los reclamos imperiosos de la amistad, ó las necesidades de mi propia labor, ó el deseo de ver lo que no he visto, que todavia halago viejo y todo, estad seguros de que allí, en la presencia de los mayores y más extraordinarios monumentos, en la contemplación de los más portentosos edificios, en la admiración de las más grandes obras que el genio y el arte hayan logrado producir, canario siempre, una voz murmurará dentro de mí, quedo, muy quedo, bajito, muy bajito, diciendo casi sin hablar, para que los extraños no se enteren, y no profanen indiferentes con sus comentarios triviales la santidad de mis íntimos sentimientos, ocultos en lo profundo de mi corazón co-

mo en un verdadero santuario, lo que el genial poeta escribiera en su *Epístola* célebre:

*Que obeliscos y pórticos agenos
Nunca valdrán los patrios palomares,
De los recuerdos de la infancia llenos!*

HE DICHO.

